Bogotá contada 4





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Bogotá contada 4



Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández, Víctor Giovanny Barbosa, Lucano Tafur Sequera, Equipo del Área de Literatura

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Manuel José Sarmiento Ramírez, Secretario General
Sandra Pulido Urrea, Gerente de Ferias

Primera edición: Bogotá, agosto de 2017

Alberto Peralta, Anfitrión Bogotá Contada 4
Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
eLibros Editorial, Producción ebook
978-958-8997-58-2, ISBN (impreso)
978-958-8997-59-9, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento f Gerencia Literatura Idartes t @Libro_Al_Viento

Contenido



Presentación

Con esta cuarta edición de Bogotá Contada, el programa suma ya 39 escritores de 17 nacionalidades. Así, la ciudad sigue siendo un campo abierto para la construcción de relatos sobre ella, los cuales fluctúan entre el realismo más descarnado y la desbordada fantasía, pues en la literatura, y en el arte en general, las posibilidades tienden a ser infinitas. Recordemos que, desde la tradición local, Bogotá también ha mostrado ese amplio rango: tenemos la versión realista de Antonio Caballero y Luis Fayad, pero también la Bogotá con playa de *Opio en las nubes* o la ciudad convertida en campo de batalla de *El cerco de Bogotá*, entre otras fantasmagorías literarias que a su vez forman un espectro muy interesante.

A esta primera tendencia pertenece *Los desechables*, el texto del guatemalteco Eduardo Halfon, que habla sobre la dura vida de los indigentes, la droga, la delincuencia y el asesinato de Óscar Javier Molina, un habitante de la calle que se había regenerado y trabajaba para ayudar a los demás. Luego, Horacio Castellanos Moya, en *Falso positivo*, se interna en las tensiones que va generando una velada tranquila, una reunión social que empieza a mostrar un costado amenazante. La violencia, tan presente en la obra del escritor salvadoreño, es también un ingrediente de este relato. Hebe Uhart, por su parte, recorre la ciudad tomando al vuelo impresiones diferentes, con esa mirada única. Es la misma Hebe cronista de *Visto y oído* y de *Viajera crónica*, con las pinceladas de ironía oportunas y siempre atenta a detalles del habla, atuendos, costumbres y situaciones. En *Receta para la construcción de un laberinto*, Marina Perezagua se sumerge con gran vuelo poético y fuerza evocadora en un relato que se llena de verde, de naturaleza, mientras desgrana los frutos agridulces del amor. *En los márgenes*, de Edmundo Paz Soldán, es una crónica carcelaria producto del

interés que lo llevó a escribir su más reciente novela, *Los días de la peste*. El escritor boliviano muestra cómo el crimen es en gran medida un círculo vicioso, un eterno espiral hecho de recaídas y promesas incumplidas, pero con una luz de esperanza que titila en la vida de cada criminal. *Monjas muertas*, de Lina Meruane, toma un episodio real, el asesinato de una monja a manos de otra en noviembre de 1999, para adentrarse en un relato de claroscuros morales y preguntas sin resolver. Cierra este volumen una extensa ensoñación nostálgica de Ricardo Cano Gaviria, una verdadera anamnesis de la Bogotá literaria que vivió en su juventud, cuando él y Nicolás Suescún trabajaban en la ya desaparecida librería Buchholz.

Espero que los lectores disfruten tanto como yo la edición de esta *Bogotá contada 4*.

Antonio García Ángel



Bogotá contada 4

Eduardo Halfon
(CIUDAD DE GUATEMALA, 1960)



Foto: © Margarita Mejía.

Ha publicado *Esto no es una pipa, Saturno* (Alfaguara, 2003), *De cabo roto* (Littera Books, 2003), *El ángel literario* (Anagrama, 2004; semifinalista del Premio Herralde de Novela), *Siete minutos de desasosiego* (Panamericana Editorial, 2007), *Clases de hebreo* (AMG, 2008), *Clases de dibujo* (AMG, 2009; XV Premio Literario Café Bretón & Bodegas Olarra), *El boxeador polaco* (Pre-Textos, 2008), *La pirueta* (Pre-Textos, 2010; XIV Premio de Novela Corta José María de Pereda), *Mañana nunca lo hablamos* (Pre-Textos, 2011), *Elocuencias de un tartamudo* (Pre-Textos, 2012), *Monasterio* (Libros del Asteroide, 2014) y *Signor Hoffman* (Libros del Asteroide, 2015). Su obra ha sido traducida al inglés, alemán, francés, italiano, serbio, portugués, holandés, japonés y próximamente al croata. En 2007 fue nombrado uno de los 39 mejores jóvenes escritores latinoamericanos por el Hay Festival de Bogotá. En 2011 recibió la beca Guggenheim, y en 2015 le fue otorgado en Francia el prestigioso Premio Roger Caillois de Literatura Latinoamericana.

Los desechables

Les dicen los desechables porque ya no sirven para nada. Yo los conocí mi última tarde en Bogotá, en una localidad industrial llamada Puente Aranda, bajo una llovizna etérea, casi invisible, que ni siquiera mojaba.

Llevaba una semana en Bogotá, contando los días para volver a casa, donde mi hijo estaba a punto de nacer, mientras participaba en eventos de tantas bibliotecas y librerías que ya todas empezaban a parecerse. El mismo público. Los mismos temas. Las mismas preguntas. O más que las mismas preguntas, las mismas respuestas mías. Unas respuestas trilladas, mecánicas, ya depuradas y practicadas hasta saber perfectamente cuál detona una risa, cuál empatía, cuál silencio. Pues un escritor, con los años, va desarrollando el discurso público que sustenta no sólo su obra, sino su razón de ser escritor. Va puliendo su mito fundacional (cómo empezó a escribir, por accidente, para salvarse), los detalles de su rutina un tanto excéntrica (escribir todas las mañanas, en soledad, con el gato a la par del teclado), su falsa modestia (es que, en el fondo, no entiende cómo hace lo que hace), su mejor pose de escritor cínico (mano en el mentón, pierna cruzada, mirada humilde y a la vez segura y profunda, es decir, los ojos cerrados a medias). Y es que no es lo mismo sentarse y tratar de expresar en palabras una idea o una emoción o una historia, que estar luego de gira tratando de explicar esas palabras, de darles sentido o al menos alguna semblanza de orden. No es lo mismo escribir que ser escritor.

Íbamos en el carro camino a Puente Aranda. Yo estaba sentado en el asiento de enfrente, a la par de un conductor amable, cincuentón, llamado Fredy (No, Fredy, me corrigió tajante cuando al verlo en el *lobby* del hotel lo llamé Alfredo), quien durante una hora de tráfico me había ido

mostrando y explicando distintos puntos de la ciudad. El cerro de Monserrate. La Candelaria. El Parque de Los Novios. La mejor, según él, venta de arepas de huevo. El mejor, según él, club nocturno de Chapinero. Un edificio altísimo, aún en construcción, llamado Bacatá: palabra de la lengua muisca o muysccubun, no me quedó muy claro, y que es, me dijo, el origen del nombre de Bogotá. Me dijo que Puente Aranda era ya una zona principalmente industrial, y que se llamaba así debido a un puente que siglos atrás se había construido en la hacienda del terrateniente Aranda. El puente ya no está, me dijo. Ni tampoco don Juan Aranda. Pero aquí siguen con nosotros él y su puente, me dijo sonriendo. Al menos en nombre.

Se estacionó frente a un edificio comercial de dos niveles, mal pintado color crema, y apagó el motor. Le pregunté si la biblioteca pública quedaba cerca. Es ésa de ahí, me dijo, señalando la puerta de vidrio oscuro de uno de los locales comerciales del edificio. ¿Ese local es la biblioteca pública?, le pregunté, notando los barrotes de hierro negro detrás del vidrio. Lo acompaño, dijo Fredy, abriendo su puerta. Le dije que no se preocupara, que no hacía falta, que podía entrar solo. En esta zona, dijo, mejor si lo acompaño.

* * *

El café estaba fuerte y chocolatoso y la porcelana tibia se sentía bien en mis manos. Más que un café, yo quería un cigarrillo. No me gusta tomar café en las tardes. Pero me dijeron que debía tomarme uno, pues el de ahí era el mejor café de Puente Aranda. ¿Sabroso, no?, me preguntó el encargado del evento de la biblioteca. Se llamaba Andrés. No tendría aún treinta años. Me había salido a saludar a la calle antes de poder entrar yo al local, a decirme que aún teníamos unos minutos para irnos a tomar un café. Le dije que sí, que muy bueno. Es famoso el café de este sitio, dijo Fredy, quien había aceptado acompañarnos. En el centro de la mesa había un clavel falso, un plato con galletas de almendra, otro plato con galletas de jengibre. La constante llovizna era ahora una brisa suave y agradable que entraba por la puerta abierta de la pequeña cafetería. Andrés de pronto alzó ligeramente la mano y la dejó en el aire, como jurando lealtad o como pidiendo la palabra.

Quería hablarte antes del evento, Eduardo, me dijo, y yo tomé un trago largo de café, anticipando ya la misma agenda de siempre, las mismas preguntas de siempre. Quería contarte, continuó Andrés, que el público entero de hoy estará compuesto por habitantes de calle. Bajé despacio la taza de café. Son todos del Centro de Autocuidado Óscar Javier Molina para la rehabilitación de drogadictos, dijo. Espero eso no te moleste. ¿Quieres decir que son indigentes?, le pregunté. Así es, dijo, pero aquí se les llaman habitantes de calle. O desechables, susurró Fredy tras dar un sorbo de café. Porque ya no sirven para nada.

* * *

El humo del diablo, dijo, y a mí se me ocurrió, viendo cómo le colgaban la camisa y el pantalón de lona, que estaba vestido con la ropa de alguien más grande y más gordo, o que tal vez esa sí era su ropa pero todo él se había convertido en una osamenta de lo que algún día fue. Así le dicen al bazuco, dijo. El humo del diablo. Yo tenía quince años cuando alguien del Bronx me lo presentó, dijo, y ahí me quedé. Ya nada más salía del Bronx para pedir limosna o para robar. Casi siempre a la Caracas, pero también a la carrera décima, a la 19, a la 13. Luego regresaba al Bronx a vender cualquier cosa en los puestos de la entrada y directo a comprar bazuco en una de las taquillas. En la taquilla del Mosco, en la taquilla Nacional, en la taquilla Morado, en la taquilla Manguera, en la taquilla América, en la taquilla Escalera, en la taquilla de Homero, que se llama así por Homero Simpson.

* * *

¿Qué cosa podría decirme usted hoy, como escritor, para ayudarme?

* * *

Empecé en esto frecuentando el Bronx, dijo un señor ya viejo o que parecía ya viejo, de bigote canoso y descuidado. Mientras hablaba desde su silla de plástico, mantenía las manos juntas, palma contra palma, como si estuviera rezando. El Bronx, dijo, para que usted entienda, es una olla en el centro de Bogotá, llena de drogadictos, alcohólicos, vendedores de droga de todo tipo, ladrones, comerciantes de armas, trata de blancas, antisociales de bajo

y alto calibre. Todo el Bronx son sólo tres cuadras, pero son las tres cuadras más custodiadas del país. A una cuadra está la Dirección de Reclutamiento del Ejército, a dos cuadras está la Policía Judicial y el comando de la Policía Metropolitana, y siete cuadras al oriente está la sede de la Presidencia de la República. Hasta Dios mismo lo custodia, dijo con una sonrisa. En la parte de atrás, dijo, desde la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús.

* * *

¿Escribir, para usted, es como rezar?

* * *

Durante años mi vida tenía una misma finalidad, dijo. Reciclaje, robo, retaque, consumo de bazuco, pegante bóxer, marihuana y otras drogas. Ya no me importaba comer ni beber agua. Sólo conseguir droga. Cualquier cosa para conseguir droga.

* * *

¿Usted cree que hacer drogas puede ayudar a un escritor?

* * *

Yo conocí a Óscar Javier Molina en la olla El Cartucho, dijo, antes de que las autoridades la desmantelaran y así se creara el Bronx, y también antes de que él se reformara y dejara la calle. Aunque en realidad nunca la dejó. Ahí se mantenía siempre, en la calle, en las ollas, ayudando a cualquiera que necesitara ayuda. Honramos a Óscar Javier en el Centro de Autocuidado del cual somos parte, y que ahora lleva su nombre.

* * *

¿Y usted a quién honra cuando escribe?

* * *

Yo soy de un pueblo llamado Ocaña, dijo. Pero ahora mi casa es donde me coja la noche. A veces en la olla San Bernardino, o en la Quiroga, o en la Cinco Huecos. Pero conocí la droga en la olla Diana Turbay, que es un barrio en el sur de la ciudad, en la localidad Rafael Uribe Uribe. Imagínese usted que hoy una olla de la ciudad tiene el nombre de una periodista

famosa, secuestrada y asesinada en los años noventa (su historia, me susurró Andrés, sentado a mi lado, la cuenta Gabriel García Márquez en *Noticia de un secuestro*). Pues ahí, en Diana Turbay, conocí el bazuco. Pero antes, de joven, yo quería ser músico, dijo. Me gustaba el rock, dijo. Igual que a Óscar Javier.

* * *

Si usted no tuviera comida, ni dinero, ni casa, ¿seguiría escribiendo?

* * *

A mí me salvó Óscar Javier, dijo, su mirada hacia abajo, toda su postura hacia abajo, como derritiéndose entero. Al nomás empezar a hablar, se había quitado la cachucha de béisbol. La sostenía en sus manos. Él mismo me sacó del Bronx, dijo, cuando la cosa ahí dentro se puso muy caliente. Seguía entrando a realizar su labor social, a pesar de las amenazas y de la lluvia de basura que le tiraban desde las ventanas de los edificios. Al pobre le tocaba salir en pura a refugiarse debajo de un puente o de alguna carreta del mercado. Seis años llevaba trabajando ahí dentro. Llegaba con nosotros los ñeros y nos ofrecía un plato de comida caliente, ayudarnos con un servicio de salud, trasladarnos a un hogar. Él conocía bien ese infierno, y sabía por experiencia propia que era posible dejarlo. Hermanito, si yo pude, usted puede, me decía. Véame a mí, hermanito, es posible cambiar. Así me decía. Pero a los jefes del Bronx no les gustaba que Óscar Javier les estuviera quitando a los clientes. Una noche, un par de sicarios entraron a su casa en La Aurora y le metieron tres tiros en la cabeza.

* * *

¿Cuál diría usted que es su infierno?

* * *

Sayayines, les llaman, dijo. A uno le decían Lalo. Otro era El Negro. Otro era Valderrama, por su tremenda melena. Otro, don Saúl, es el que dicen mandó a matar a Óscar Javier. Un sayayín es como un soldado del Bronx, el que controla todo ahí dentro. La seguridad. La prostitución. El mercado de las armas. Las taquillas. A los jíbaros que venden la droga y a los sicarios

que cobran las deudas de los drogadictos. Dicen que si un drogadicto no pagaba su deuda, don Saúl desaparecía el cadáver fumándose los huesos.

* * *

¿Cree usted que se puede escribir honestamente de la muerte de un hombre si nunca se ha visto a un hombre morir?

* * *

Unas horas antes de que lo mataran, dijo desde el fondo del salón, Óscar Javier me había dado agua de panela. Fue un sábado. Cuentan que esa mañana, mientras Óscar Javier instalaba una carpa de peluquería gratuita para los habitantes del Bronx, se le habían acercado cuatro tipos, le habían tirado huevos y bolsitas con materia fecal y le habían advertido que no regresara más. Óscar Javier se fue a limpiar a un jardín infantil del sector y después regresó al Bronx y nos repartió agua de panela a algunos habitantes. Esa misma noche lo mataron en su casa. Cuarenta años tenía.

* * *

El sobreviviente. Así le decíamos algunos de sus amigos, dijo, a Óscar Javier.

* * *

Yo quería ser Nadia Comăneci, dijo sonriendo como con pena. Eso me decía a mí misma, para mis adentros, de niña, creciendo en el Muzú, porque me gustaba la gimnasia olímpica y me gustaba la Nadia Comăneci. Pero cuando murió mi mamá me sumí en el trago y la droga y ahí sigo metida. Y es que un drogadicto nunca deja de serlo. Puede reformarse. Puede dejar de consumir droga. Pero siempre será un drogadicto. Yo tengo sesenta años y le pido que no nos olvide. Sólo eso le pido.

* * *

Y usted, como escritor, ¿qué consejo le daría a un drogadicto?

* * *

Era ya el final de la tarde. Seguía cayendo una suave llovizna. Estábamos todos de pie en la calle, fumando en la semipenumbra, a la espera del

autobús que los llevaría de regreso al Centro de Autocuidado. Ellos me invitaron a visitarlos al día siguiente, para ver cómo vivían y trabajaban ahí dentro, y yo les dije que al día siguiente volaría ya de vuelta a casa, donde mi hijo estaba a punto de nacer, pero que haría lo posible por llegar antes de marcharme al aeropuerto. Alguien sugirió que debíamos hacernos una foto de grupo. Lancé mi cigarrillo a la calle y empezamos a formarnos frente a la puerta abarrotada de la biblioteca, algunos hincados en la primera fila, otros de pie en la segunda. Yo estaba en el centro, como rodeado y custodiado por ellos. Uno de los jóvenes se distanció del grupo y dijo que no quería salir en la foto y ninguno de nosotros logró convencerlo (luego me explicaría Andrés que era porque le daba vergüenza la condición de su rostro). Desde lejos, Fredy nada más nos observaba con desdén o quizás impaciencia. Y ya estábamos ubicados y listos para sonreír cuando de pronto todo se hizo silencio. Un silencio desabrido después de tantas palabras, como si las palabras fuesen aire y el mundo un globo flácido y desinflado. Y mientras yo intentaba sonreír en medio de ese silencio, bajo la lluvia casi invisible, sólo podía pensar que cada uno de ellos un día fue hija o hijo de alguien, que cada uno de ellos un día fue el bebé recién nacido de alguien, que cada uno de ellos un día fue arrullado por alguien con todo el amor de un padre o de una madre que sostiene en sus brazos una vida nueva, una vida llena de luz, una vida que apenas empieza.





Horacio Castellanos Moya
(TEGUCIGALPA, HONDURAS, 1957)



Foto: © Margarita Mejía.

Criado en El Salvador, ha vivido en varias ciudades de América y Europa, en particular en Ciudad de México, donde ejerció el periodismo durante doce años. De 2004 a 2006 residió en Fráncfort como escritor invitado por la Feria Internacional del Libro de esa ciudad. También fue escritor invitado en la Universidad de Tokio y actualmente imparte clases en la Universidad de Iowa. Es autor de diez novelas; siete de ellas, publicadas por Tusquets Editores, han sido traducidas a varios idiomas y han alcanzado reconocimiento de la crítica internacional: *El arma en el hombre*, *Donde no estén ustedes*, *Insensatez*, *Desmoronamiento*, *El asco*, *Tirana memoria* y *La sirvienta y el luchador*. Sus narraciones breves se reunieron en el volumen *Con la congoja de la pasada tormenta*, y la traducción inglesa de *Insensatez* mereció el XXVIII Northern California Book Award 2009. En España acaba de publicarse *Baile con serpientes*, novela escrita en 1996 y en la que Castellanos Moya introduce de lleno a los lectores en un torbellino de vidas encontradas que esconden celos, infidelidades y venganzas.

Falso positivo

Me echa una mirada rápida, cortante, como si me hubiese reconocido y me estuviese advirtiendo que me mantenga alejado.

Es pálida, delgada, de rizos castaños, ojos claros y párpados caídos, con unas pestañas enormes, como de personaje de tira cómica; viste un faldón tornasolado y blusa clara, escotada. Muy joven y guapa. Parece italiana.

Juraría que la he visto en una de mis anteriores visitas a esta ciudad, pero no logro recordar cuándo, dónde ni cómo.

El tipo fornido que la acompaña tiene que ser su pareja; viste un saco *sport* color marfil y la camisa negra de cuello abierto. Parece matón perfumado.

Permanecen juntos, sin mezclarse con los demás invitados que deambulan por la sala, copa en mano, formando pequeños grupos.

Los observo de reojo. Él lanza miradas agresivas a su alrededor, como macho en celo cuidando a su presa; ella baja la vista, intimidada, cuando alguien se acerca a saludarla.

Me infiltro en el grupo formado alrededor de la anfitriona, cacumen de la sociedad profesional que ha financiado mi visita. Es menuda, eléctrica; sus gafas redondas, de aro de carey, apenas disimulan su personalidad dicharachera.

Hablan del plebiscito que tendrá lugar en un par de meses, cuando los votantes decidirán si aprueban el acuerdo de paz que el gobierno ha negociado con la guerrilla. Es la comidilla noticiosa, tanto dentro del país como fuera.

La anfitriona asegura con énfasis que las encuestas son clarísimas, que el «sí» a favor de la paz ganará por mucho; sus adláteres la secundan.

Pregunta mi opinión. Me encojo de hombros. Soy sicólogo, no politólogo.

Consigo posicionarme de tal forma que, sin dejar de prestar atención a las parrafadas de la anfitriona, puedo fijarme en la pareja: cuchichean entre sí, pero tensos, en discordia. Ella es la invitada, pienso; y él ha venido a la fuerza, a mezclarse con gente a la que desprecia.

Hurgo en mi memoria, por pura necedad, porque sé que sólo encontraré negrura y que el recuerdo de ella aparecerá cuando se le venga en gana.

Carola, la colega coordinadora de la conferencia, se suma al grupo. Su vestido holgado, con motivos indígenas, esconde las formas esculturales de su cuerpo. Horas antes, en la mesa redonda, enfundada en sus apretados jeans, no dejaba nada a la imaginación.

Pregunta si ya se me ha estabilizado la presión arterial. Desde mi arribo, dos días atrás, padezco un sube y baja, pese a los té de coca; el dolor de cabeza y la sensación de debilidad me enturbian el ánimo. Por eso sólo me he servido un whisky muy aguado, con el que duraré mientras permanezca en la fiesta.

Hago un gesto oscilante con mi mano derecha, más o menos, que tampoco es para tanto, la tranquilizo, aunque me he prometido, sin decírselo a nadie, que esta será la última vez que visite una ciudad tan alta, tan lejos del nivel de mar en el que yo transcurro mis días.

Carola me conduce a otro grupo, donde departen dos colegas a los que impresionó mi ponencia y quieren hacerme algunos comentarios, dice.

Pierdo de vista a la chica que parece italiana y al matón que la acompaña.

Se trata de un matrimonio de cincuentones, como yo. Estaban en primera fila en el auditorio, hicieron preguntas de las que nada recuerdo; atildados y modositos, como mucha de la gente que he tratado en esta ciudad.

Él me felicita por mi ponencia, que le pareció muy audaz, desde su mismo título, «Orgasmo y paranoia», pero enseguida dice que la formulación de mi hipótesis le parece aún incipiente, que se requiere más investigación para sostener que a partir del final de la edad adulta el orgasmo onanista aumenta los ataques de paranoia en pacientes crónicos,

que es una pena que Foucault y Lacan hayan muerto sin profundizar en el tema.

Observo al colega: su traje de *tweed* color marrón, la camisa blanca de algodón Oxford, la corbata oscura con motivos rosados. Luego veo a su esposa, oculta tras el mascarón del maquillaje. ¿Cada cuanto se irán a la cama?

Carola me mira con una sonrisa.

Cuando ella me preguntó por mi nueva investigación, mientras cenábamos anoche con los demás participantes en la conferencia, le expliqué que ya tenía clasificada y procesada toda la información bibliográfica, pero que en el aspecto empírico aún estaba en pañales, y que no podía avanzar mucho en mis condiciones actuales, pues la soltería me limitaba, el orgasmo de la masturbación no conlleva las mismas consecuencias psíquicas que el del acto sexual en pareja. Y ese es precisamente uno de los puntos claves de mi estudio: la comparación. Necesito apoyo, alguien con quien irme a la cama, le dije, casi como una declaración. Se lo tomó a la chanza. Más tarde me presentó a su esposo, un médico boyante, se diría por su aspecto; vestía traje completo gris, de lana fina, y unas gafas coquetas de aro color verde turquesa.

De nuevo logro posicionarme de forma tal que no pierdo de vista a la chica que parece italiana mientras escucho las disquisiciones del colega.

Le explico que la realización de las encuestas ha sido muy difícil, a causa de la falta de voluntarios. Es un tema poco agraciado en la región cristiana donde se ubica la universidad en la que trabajo. Se trata del «*Bible Belt*», un condado en el que ni siquiera es permitida la venta de alcohol. Hacer una convocatoria pública, a fin de conseguir voluntarios para realizar un estudio sobre las consecuencias paranoicas del orgasmo, es impensable. La sola mención de la palabra orgasmo podría tener consecuencias judiciales y llevar a mi expulsión de la universidad. Es Estados Unidos, le recuerdo al colega, no Francia, lugar donde él realizó su especialización.

Carola me pregunta si tomaré la segunda copa, que en el vaso ya solo me queda hielo derretido. Que mejor esperemos un rato, le digo, a ver cómo me asienta.

Pero camino tras de ella hacia la cocina en busca de su bebida, abriéndonos paso entre los grupos de invitados.

Pasamos entonces frente a la chica, cuyo recuerdo no logro aprehender, y su pareja.

Carola le sonríe, como a una vieja conocida. Yo la veo de reojo un segundo y bajo la vista. Ella no me mira, pero el tipo sí que lo hace, con insistencia, el ceño celoso. Y luego cuchichea al oído de ella, indignado. Los he visto por el rabillo del ojo antes de entrar a la cocina.

Siento la vibración, la mala onda, o algo peor. Y la angustia que precede a la subida de la presión arterial.

Carola no se ha enterado de nada. Se sirve un ron con coca. Luego me pregunta si quiero bocadillos, mientras toma un pequeño plato de cartón.

Pero no me apetece otra copa, ni tengo hambre, sino ganas de largarme al hotel, a encerrarme en la habitación.

¿Dónde carajos he visto a esa chica? ¿Por qué el sujeto ha reaccionado con virulencia, como si me conociese, como si supiese algo turbio que le enfada de mí? No será porque me haya acostado con ella, que eso jamás lo hubiera olvidado.

Carola me pregunta qué tal me parece el hotel, si he tenido tiempo de salir a caminar por esa zona de la ciudad.

¿A qué horas?, le digo. En los momentos en que no he estado en la conferencia me han llevado a dos entrevistas, una radiofónica y otra televisiva.

Una verdadera experiencia, comento. Bogotá es la ciudad del futuro. Para entrar a la estación de radio y a la televisora hubo que seguir el mismo procedimiento: mostrar mi documento de identidad, escaneo de mis huellas digitales, toma de una fotografía de mi rostro y preguntas agresivas sobre el motivo de la visita. Peor que cruzar inmigración en un aeropuerto yanqui.

Seguramente como la gente sólo se la pasa en cama, tratando de lograr orgasmos, la paranoia se ha generalizado, me dice con un guiño, luego de terminar su canapé y tirar el plato de cartón en el basurero. Me gusta su liviandad. Me gusta toda ella.

Me sirvo un vaso de agua mineral.

¿Y qué tal las entrevistas?

Quién sabe si las pasarán al aire. Aunque los dos entrevistadores fueron corteses, nadie se termina de tomar en serio mi tema, me quejo. Pareciera que consideran mi hipótesis reaccionaria y vinculada a algún propósito religioso fundamentalista, como si yo quisiera que los viejos no tengan sexo.

Otros invitados se apelotonan en la cocina en busca de bebida y bocadillos.

Nos abrimos paso hacia la sala.

Me propongo no ver a la chica y su matón; volteo hacia el lado opuesto, donde distingo a Winston, el joven que me ha servido como chaperón en mis visitas a las emisoras, quien conversa con un pequeño círculo de chicos, seguramente también estudiantes de posgrado.

Y hacia ahí me dirijo, mientras Carola enfila hacia otro grupo.

Tengo la sensación de que la mirada del matón me horada la espalda, pero no vuelvo a ver.

Winston es alto, espigado; la barba cerrada y unas gafas de aro metálico. Pregunta por mi presión arterial, si ya me siento mejor.

Me presenta a los demás estudiantes.

Quiero preguntarle sobre la chica que parece italiana, pero temo que los demás escuchen y volteen hacia donde la pareja. Quizá él pueda darme la clave para refrescar mis recuerdos. Seguramente la traté en otro evento similar, pero ¿por qué no puedo recordarla y ella se hace la que no me conoce y evita cualquier contacto? Desde tiempo atrás confío cada vez menos en mi memoria, pero no se trata de algo que pueda ir pregonando a diestra y siniestra.

Winston me dice que varios de ellos se irán a tomar las últimas copas a un bar en la zona de La Candelaria, si me animo a sumarme al grupo.

Un poco lejos, ¿no?, hasta el Centro, comento, sin ningún entusiasmo por acompañarlos.

Estamos a la altura de la calle 110, en la zona alta y lujosa de la ciudad. Y mi hotel está ubicado en la calle 65, a medio camino bajando hacia La Candelaria.

Winston me recuerda que hay un chofer en un coche de alquiler estacionado frente a la casa, que cuando me quiera ir nada más le avise.

¿El mismo que nos trajo?, pregunto mientras me reacomodo en el círculo de manera que pueda ver de reojo a la chica y su matón. Pero, para mi sorpresa, no se encuentran donde antes estaban. Con mi vista recorro la sala lentamente, como al descuido, sin ponerme en evidencia. No están.

Sí, don Ramón, dice Winston.

Es el mismo conductor que nos llevó a las emisoras para las entrevistas y nos trajo a este coctel. Un hombre canoso y engominado, de baja estatura, siempre vestido con camisa blanca manga corta y corbata oscura, de temperamento amargo y enganchado con el tema de los «falsos positivos», jóvenes inocentes de barrios pobres a los que el ejército asesina para luego presentarlos como guerrilleros caídos en combate, a fin de llenar una cuota y recibir prebendas, si no le entendí mal. Un sobrino de él fue asesinado de esa forma; de ahí su indignación, su fijación con el tema.

¿Dónde se habrán metido la chica y su matón? Para salir del apartamento hacia el ascensor hubiesen tenido que pasar frente a nosotros.

Los chicos hablan sobre los zipizapes en el Departamento de Sicología; no tengo vela en ese entierro.

Me dirijo hacia la cocina en busca de otro vaso de agua mineral. La presión arterial comienza a fastidiarme.

Algunos encandilados, incluida la anfitriona, han comenzado a bailar al son de un vallenato.

Carola se interpone en mi camino; trae tomado de la mano a su marido. Lo saludo. Me cuentan su plan de ir a tomar otra copa luego del coctel, que estoy invitado. ¿A La Candelaria?, pregunto. No, a un bar no tan lejos de donde ahora estamos, aclara ella.

Observo la terraza, donde varios comensales han salido a fumar; una puerta corrediza de cristal la separa de la sala. Descubro a la chica y su matón; ambos fuman, y por los gestos pareciera que discuten, que él le recrimina algo a ella.

Le digo a Carola que no me siento del todo bien, que mejor regresaré a descansar al hotel. Su marido me pregunta si tengo un aparato para

tomarme la presión arterial; no, respondo, pero en dos ocasiones he visitado una farmacia: la primera vez la tenía muy alta; la segunda, muy baja.

La chica y su matón han entrado de nuevo a la sala. Se dirigen hacia donde la anfitriona, quien gesticula invitándolos a que se sumen al baile, pero ellos más bien se despiden. Luego se abren camino hacia la puerta de salida. La chica sonríe a Carola y a su esposo, y se va de largo como si no me viera; pero cuando el matón pasa a mi lado, cambia su mueca de forzada simpatía por una repentina mirada de odio.

Me parece que nadie más se ha enterado.

Agitado, le preguntó a Carola quién es esa chica. Paula, dice, alumna del doctorado, en algunos eventos anteriores colaboró como asistente, pero ahora se ha mantenido al margen.

¿Estuve con ella en alguna actividad?, insisto.

Puede ser, dice. Pero esta es la primera ocasión en que yo coordino la conferencia. ¿Por qué?

Nada, digo, como si no importara. Nada más que su rostro se me hace conocido.

Anuncio que pronto me marcharé. La molestia en el cerebelo y la debilidad en las piernas son claros signos de que la presión arterial se me ha subido de nuevo.

Me despido de ambos. Luego voy con la anfitriona; también me invita a bailar. Le digo que el cuerpo está de malas, que para la próxima. ¡Arriba ese ánimo!, exclama aplaudiendo al ritmo del vallenato.

Winston y sus condiscípulos se han posicionado en la cocina. Entro, me sirvo un vaso de agua mineral y le digo que si por favor le puede enviar un mensaje de texto a don Ramón para que me lleve al hotel, que bajaré enseguida. Listo, me dice luego de tipear en su teléfono. Termino mi agua y trato de mantener cierto control, que con la presión sube la angustia. Winston se ofrece a acompañarme al auto. Le agradezco, pero no hay necesidad. Les digo adiós.

Salgo al *lobby* y espero el ascensor; me sudan las axilas.

Mientras desciendo en el ascensor pienso que si don Ramón saca de nuevo el tema de los falsos positivos, le diré lo que pienso: que todo este

asunto de la guerrilla, el enfrentamiento armado y las negociaciones de paz, es puro falso positivo, en todos los niveles, el positivo negocio de la falsedad. No sé si entenderá lo que quiero decir, pero lo dejaré pensando.

Salgo al *lobby* principal, donde está la caseta de cristal –supongo que blindada– del portero, rodeado de pequeñas pantallas de las cámaras de video; un vigilante con escopeta permanece sentado en una banca. Les digo buenas noches y paso de largo, aprisa, acicateado por la ansiedad, con ganas de correr hacia el auto y llegar lo antes posible a mi cuarto de hotel.

El portero activa el mecanismo que abre la inmensa puerta de madera.

Salgo a la vistosa loza de mármol que conduce, entre jacarandas, de la puerta del edificio a la acera. Cabeceo en busca del auto de alquiler, que no tiene colores ni distintivo de taxi, sino que semeja un carro cualquiera.

De súbito el matón aparece no sé de dónde, belicoso, dispuesto a encararme. Ella lo sigue, tomándolo por el brazo, rogándole que se calme.

Don Ramón enciende las luces del auto.

Hebe Uhart
(MORENO, BS. AS., ARGENTINA, 1936)



Foto: © Margarita Mejía.

Estudió filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Trabajó como docente –primaria, secundaria y universitaria– y colaboró con el suplemento cultural del diario *El País* de Montevideo. Escribió notas de viajes, crónicas de personajes y situaciones. Ha publicado, entre otros títulos, el libro de cuentos *La luz de un nuevo día* (1983); la novela *Camilo asciende* (1987); el relato *Memorias de un pigmeo* (1992); la nouvelle *Mudanzas* (1995); *Guiando la hiedra* (cuentos, 1997), *Del cielo a casa* (cuentos, AH, 2003), *Turistas* (cuentos, AH, 2008), *Relatos reunidos* (2010), y las crónicas de viajes: *Viajera crónica* (AH, 2011), *Visto y oído* (AH, 2012) y *De la Patagonia a México* (2015).

Bogotá

La primera vez que llegué a Bogotá me asustó el estricto control policial en hoteles, universidades, edificios públicos y *shoppings*: en la manzana donde estaba mi hotel había en muchas partes policías con perros antidroga y antidisturbios. Esa vez recorrí La Candelaria, barrio colonial que me gustó mucho, pero donde se vendían muchos equipos militares para ir a la selva, de gala, etc. La segunda vez que fui no pude observar eso porque estaba en un complejo que abarcaba hotel, gimnasios, casas de cambio y lindos cafés, yo necesitaba un peine y no sabía dónde comprarlo. Pensé: «¿Cómo es esta ciudad?». Un conjunto lujoso de edificios, como un concentrado, y después un espacio vacío con un paredón, como si la ciudad emergiera de repente en construcciones, mucho ladrillo a la vista, mucho vidrio. Esta tercera vez estoy ubicada en La Candelaria que me gusta tanto, encontré mi sucursal para fumar en el café Juan Valdez. Es para mí un lugar de recibo, y un mirador donde veo pasar a los hombres que van a la oficina con el pelo muy corto, trajes oscuros. Algunos hombres son muy altos y tienen un aspecto muy antiguo y muy moderno al mismo tiempo, como la propia ciudad a la que es difícil tomarle el punto. Por ejemplo, el café no termina donde empieza la gran librería del Fondo de Cultura: desemboca en ella. Es como si un recoveco fuera llevando a otro insensiblemente y asocio esto al nombre de un restaurante cercano: se llama La Puerta Falsa. En la calle se vende fruta, cigarrillos, artesanías. Mientras miro a los que pasan para ver qué misterio encierran, escucho un grito desgarrador: «¡Auxilio! ¡Socorro!». Pienso: «Debo ir a ayudar». Pregunto al vendedor de cigarrillos si hay una persona en peligro. Me dice:

—No, ella hace eso todos los días de siete a nueve. A las nueve se va dos calles más arriba y se cubre la cara con las manos

—¿Está loca?

—Desquiciada, puede ser.

No le gustó la palabra «loca». Después, gente de Cali me dice que los bogotanos son precavidos al hablar, lo hacen con rodeos. Le pregunto qué sinónimos de «loco» hay y me dice «chifloreta», «se le corrió el *shampoo*» y añade:

—Ella hace esa pataleta con rogadera para pedir limosna. ¿Usted de dónde es? Llévesela a su tierra.

Y otra vez los contrastes entre el tratamiento de «su mercé», «su mercedita», «mi señora» (pienso que son resabios coloniales) y la confianza inmediata.

En la librería del Fondo de Cultura han hecho un gran retablo de Juan Gabriel, cantante mexicano muerto recientemente. Han puesto un retrato bien grande en el centro y alrededor flores, frutas, canastitas. Faltan las catrinas y estamos como en México. Ya dentro de la librería, un librero muy gentil me cuenta que la influencia mexicana ha sido enorme y ha entrado con las películas mexicanas de los años cincuenta. Antes entraban los filmes yanquis y europeos, doblados. Como mucha gente no sabía leer, no iba al cine, entonces toda una generación tuvo una cultura cinematográfica con las películas mexicanas. Pero no solo el cine, también se dan serenatas. ¿En qué ocasión? Cumpleaños de quince, y también para reconciliar a una pareja. Una chica me dijo: «Mis papás se reconciliaron así».

Pasa un mozo y se le cae un platito de su bandeja. Dice: «¡Qué pena!». Quiere decir algo como «qué vergüenza» o «disculpe». Lo dicen con una especie de automatismo, como el «obvio» de Buenos Aires. Hay otra expresión que es «hacer el oso», que significa pasar vergüenza.

* * *

Estoy muy contenta de estar en La Candelaria, el lugar donde se fundó la ciudad, son todas casas color rosa viejo, algunas con techos de tejas. Ahora hay mucho menos control policial que la primera vez que fui y recorro las calles hacia arriba y hacia abajo. Los nombres encierran una historia: Calle de las Mandolinas, donde vivían guitarreros y fabricantes de guitarras; Calle

del Divorcio, de la Culebra, calle de la Fatiga (es muy empinada), Calle del Embudo (se cierra), De la Toma de Agua, Calle de la Agonía. Algunas paredes son azules. Cuando hay sol, se ve el verde del cerro. Cuando va a llover, el cerro está velado con una especie de manto gris, pero eso tampoco implica necesariamente que vaya a llover con seguridad; el clima de Bogotá es impredecible, en el mismo día puede llover, salir el sol, hacer frío y calor. Nadie va con sandalias porque el clima no lo permite, si ven a alguien calzado así dicen: «Es de tierra caliente» (Cali o Medellín). Un encargado de seguridad del hotel me dijo que se guiaban por un meteorólogo que predice siempre al revés de lo que sucede: ellos no lo siguen y aciertan.

Calle del Aseo, Calle de Campo, Calle de la Palma; pasa un bogotano alto, todo de negro con camisa blanca, y creo ver a un funcionario de la Colonia. Lleva sombrero (el sol serrano quema mucho y saca rosetas a los blancos). Se ven muchos sombreros, muchos barbijos, muchos paraguas, a lo mejor el bogotano es cauteloso porque no sabe qué clima lo espera. Debe estar prevenido para lo que venga.

Conversando con Lisa

Lisa es lingüista y quién mejor que ella va a conocer el léxico de Bogotá. Ya acumulé en cinco días un montón de palabras que quiero preguntar. Por ejemplo «agáchese» es un negocio bajo y chico, que obliga a agacharse al que compra. «Arepera» es lesbiana; «buchipluma», persona que habla mucho y no cumple; y la mujer mayor que se viste como joven, «cuchibarbie»; «camellar» es trabajar: «Tanto camellar y no tengo nada». Cuando una persona está vacilante, muy dudosa, «Va a las tres velocidades del burro, lento, pesado y quieto». Para echar a una persona entrometida, «Vaya a ver si la marrana ya puso». Y de una persona engreída se dice: «Se cree la última Coca-Cola del desierto». «Empelotarse» es quitarse la ropa. Lisa cuenta que su mamá le decía cuando era chica:

—Empelótese para bañarse.

Me añade que en Bogotá se habla con cierto desprecio de la gente de Cali o de Medellín. «Se viste como calentano» (gente de tierras calientes).

También hay cierto desprecio por la gente del campo. «Campeche», dicen. Campeche es alguien ignorante de los usos de la ciudad.

Se une a la conversación Luis Barón Leal, historiador, y le pregunto por el significado de «Qué pena». Me dice:

—Puede querer decir qué vergüenza, o permiso, u otras cosas. Por ejemplo, si alguien quiere sobrepasar a dos personas en la calle dice «qué pena» por permiso.

Un profesor de la universidad nos dijo que esa expresión es un legado indígena, indica sumisión. Si alguien se acerca a otro para hablar dice «Qué pena» (como disculpándose por abordarlo). Si alguien me pisa en la calle digo «Qué pena». Se disculpa el que fue pisado. Según los dos, en Bogotá abundan los circunloquios en la conversación. Luis dice:

—Para hablar con un amigo se dan muchos rodeos antes de entrar en tema. Se pregunta «quihubo», «qué hay», «qué más», pero no se espera respuesta. En cuanto a «su mercé», no solo es expresión de respeto, también de cariño.

Y Lisa añade que su abuela le decía «su mercé» cuando apenas se levantaba del suelo. También me dice que cuando un profesor presume de erudito, le dicen «Se da ínfulas mamertas». Y a una persona pesada, aburrida, le dicen «lámpara» porque está siempre prendida (habla sin parar) y quiere brillar.

Yo les digo que me parece, y es solo una impresión, que mucha gente cree en el diablo, no como una metáfora, creen en su presencia real. Los dos coinciden en que es posible. Lisa cuenta que su abuela le decía:

—Si te portas mal el diablo te jala de las patas.

Y Luis:

—A mí me decían que me jalaban de las patas todas las ánimas del purgatorio.

Y añade: «Esto del demonio y los castigos lo usan mucho las gentes de las iglesias».

Yo leí una leyenda curiosa que trata de un diablo contradictorio, mejor dicho, que no responde a la idea de diablo: parece que las mulas del infierno llevan a los borrachos a lugares desconocidos, el diablo los castiga pero les

hace prometer que se volverán responsables de sus familias. ¿En qué quedamos? Lisa recuerda unos refranes: «El diablo es puerco» y otro «Donde el diablo pegó el último grito», y dice que hasta hace poco tiempo, cuando se disfrazaban para el día del niño, mucha gente decía que ese día era demoníaco (por los disfraces). Ella coordina bibliotecas en el interior del país, y en una biblioteca de Putumayo, cerca del Amazonas, una bibliotecaria se negó a que sus alumnos leyeran un cuento sobre el diablo, para no convocarlo. Y me contó otra cosa sobre el diablo, que una conocida suya, bastante letrada, dio como cierta. A un baile animado cayó un muchacho muy lindo, desconocido, y de repente le empezaron a desaparecer los pies como en un remolino y le aparecieron pezuñas. Esa misma anécdota me la contaron por otro lado. Además parece que algunos políticos aprovechan esta creencia, le dicen a la gente que los comunistas tienen pacto con el diablo.

* * *

El proyecto Bogotá Contada implica que el escritor invitado dé charlas en bibliotecas, librerías y colegios. Bogotá tiene una red de bibliotecas extraordinaria, en todos los barrios alejados, en edificios nuevos y con coordinadores muy capaces. Como la ciudad es muy extendida hay «trancones» de tráfico. Para llegar a la escuela más lejana tardamos más de dos horas, yo pensé que no íbamos a llegar, que allí en la ruta nací y que moriría allí. Di charlas a gente de la tercera edad, y en un grupo, un viejo ansioso pedía fuerte «Un tintico, un tintico» (un café). Otra charla fue en una escuela-fábrica donde hacían disfraces con material reciclable (todo el patio de recreo era un desfile de máscaras y un chico albino tocaba y cantaba una canción de Calamaro, esa que dice «Flaca, no me claves tus puñales por la espalda») y ante tanto jolgorio creí que me podía fumar un cigarrillo en el patio. No bien lo prendí, vino una señora, mezcla de celadora y policía de gesto adusto, y me lo hizo apagar. Pero en el aula de la charla una chica muy sesuda me hablaba con toda seriedad de una serie de interrogantes que se le planteaban... con unas orejas gigantes de cartón o vaya a saberse de qué. Pero la que más me impactó fue la escuela del

mercado de hierbas, un mercado donde solo se venden hierbas aromáticas, medicinales y esotéricas. Predomina el olor a albahaca. Es un mercado mayorista y vienen a buscar mercadería desde todas partes de Colombia y también del Ecuador. Una señora compra hierbas como para toda la vida y el vendedor me explica los usos de las mismas. La planta «Sígame» es para el amor, la albahaca también y para estar contentos, otras son para la autoestima, la «lluvia de plata» es un jabón que atrae el dinero, hay miel de amor para el agua del baño. Otros son remedios para la menopausia y la andropausia. Una señora pide jabón contra la envidia y le dice al vendedor:

—Regáleme la cuenta de esto.

Detrás de la escuela hay una feria para los hijos de los feriantes y los vecinos del barrio. Debo dar una charla a chicos de 9 años. Me acuerdo de mis tiempos de maestrita, tan lejanos. Hablamos de animales, de si habían leído y qué cosa. Les pregunté si alguno escribía, muchos levantaron la mano y atrás, un nene moreno, gordito, dijo:

—Yo escribo sobre la vida de los grandes pintores, Van Gogh, Leonardo.

En la fila de adelante levanta la mano una nena menudita, esforzada, con una carita preocupada en la que ya se ve el futuro: va a ser luchadora, responsable y va a sufrir mucho en silencio. Le digo:

—¿Y vos sobre qué escribís?

Me dice:

—Yo escribo el diario de mi vida.

—¿Y qué ponés ahí?

—Ahí escribo sobre los rechazos.

—Los rechazos de los otros chicos.

—Los rechazos de chicos y grandes.

Y no pude indagar más. Para cerrar la charla y llenar el tiempo, la maestra les contó el cuento de los tres chanchitos, por las respuestas ensordecedoras se ve que lo conocían como si lo hubieran parido... en otra vida. Me senté después con los que estaban cerca de mí y me preguntaron cuántos años tenía, si lo conocía a Messi y, como vieron cigarrillos en mi bolsillo, si yo fumaba.

La plaza del «sí»

A tres cuadras de mi hotel, en la Plaza de Bolívar, están acampando los que apoyan el tratado de paz que está gestionando el presidente Santos. El campamento está hace veintiún días; son doscientas cincuenta personas en ochenta y cinco carpas. Un hombre que controla la entrada me informa que el proyecto es apolítico y que no quieren tampoco llegar al senado porque «Allí le dan de largas y no termina nunca». En esas carpas duermen. El hombre de la entrada me conecta con una persona más informada. Me dice: «El M-19 fue el primer grupo que dejó las armas para insertarse en la vida política, pero asesinaron al líder y el movimiento se perdió. Acá en Colombia hay un Estado fallido, una ausencia de Estado y una gran desinformación. Mucha gente votó por el "no" porque dicen que es el espíritu de Chávez que quiere penetrar en Colombia. En el congreso les gusta dilatar todos los procesos y en la justicia también, si usted pone una tutela (demanda) para reclamar un derecho, el Estado se niega, se debe apelar y recién el juez actúa».

Y sí, hubo ausencia de Estado, sobre todo en el campo. Ese lugar fue llenado a veces por los curas de opción por los pobres, a los que Uribe llamó despectivamente «guerrilleros de escritorio» y por los evangelistas y otras sectas a las que llaman «sectas de garaje», porque nacieron allí, humildemente, y ahora tienen gran poder político y económico; han aconsejado a sus fieles para que voten por el «no». En la pared de tela que encierra las carpas hay innumerables pedidos, deseos, muchos se oponen al maltrato animal. Uno dice: «No manches de rojo nuestra bandera. Todo por la sangre de nuestros colombianos, de nuestros animales». Otro: «Ni una menos». Otro: «La paz os dejo, la paz os doy» y «La paz no es un derecho, es un deber».

En ese campamento no se acepta ni dinero ni comida. Dentro está lleno de personajes; cerca de la entrada, un argentino nómade atiende un puesto como de abastecimiento, es gemólogo de profesión, piensa seguir por barco hasta México, y es como un mil oficios, pero está adaptado a ese lugar como si hubiera nacido allí. Al lado, bajo un toldo, hay tres hombres

hablando y uno dice: «Me gusta la política porque antes de ser bueno fui malo, fui asaltante de bancos, soy de Medellín y ahora soy defensor de los derechos humanos. Llevé nueve años de cárcel y me convertí allí. Ahora trabajo con niños, que no haya armas como juguetes. Yo fui desplazado, fui militar y ladrón. Hay que desarmar nuestro corazón».

A su lado estaba sentado un hombre indígena que pugnaba por hablar. Me dijo: «Soy Vicente González, pero mi apellido primero es Chantaca. En la época en que nazco, a la orilla de la montaña, éramos una familia con los monos, íbamos de rama en rama con ellos, comíamos caimán, mi papá usaba taparrabo, éramos catorce hermanos, mi papá sembraba yuca, papa, maíz, se hacía aceite de palma en la casa, se criaban cerdos, a la manteca de cerdo se la guarda en un barril. Mi papá no sabía que íbamos con los monos y había peligro porque rondaba un puma. Cuando él lo supo, nos dio latigazos y a mí me ató a un árbol para que tenga memoria». El padre tuvo que dar a seis de sus hijos a gente de dinero, que les prometían el oro y el moro, darles buena vida, educación, pero nada de eso era cierto, los hacían trabajar como esclavos. Decía que le pegaron y me mostró las marcas.

Los grandes terratenientes solían comprar las tierras a los que tenían parcelas chicas, seduciéndolos con la promesa de que en la ciudad iban a estar mejor; en la ciudad, gente acostumbrada a la economía de subsistencia, al trueque, pasan a engrosar el conurbano y como son más inocentes los engañan los vecinos, los comerciantes y la poca plata que les dieron se les va en un segundo. Le pregunté cómo se sintió cuando conoció la ciudad y me lo dramatizó. Se retiró un poco, como para caminar hacia el grupo, y primero hizo la representación de cuando iba de rama en rama, con los monos, ahí aleteaba. Luego, cuando vino a la ciudad, se puso las dos manos juntas, como si estuvieran atadas, esposadas. Sigo recorriendo las carpas y en una pared hay un retrato del Mahatma Gandhi; junto a él, un grupo que ha venido a hacer yoga y meditación cerca de un mandala pintado en el suelo. Y cuando ya me iba, vi a un hippie o neohippie como de sesenta años y le pregunté:

—¿Vos sos un hippie?

—Todavía no sé quién soy yo.

La carpa de los desplazados

Al lado de la carpa por el «sí» al tratado de paz está la de los desplazados. Allí se aceptan contribuciones en dinero, comida y ropa. Los desplazados son los que fueron obligados a dejar sus casas por la guerra; se establecía en el campo o en el monte una zona de guerra y se tenían que ir con lo puesto a las ciudades. Los que más sufrieron la guerra colombiana fueron las gentes del campo y de la selva. Pero hubo esa otra forma de desplazamiento que consistió en la compra del terreno a los pequeños propietarios por parte de los grandes terratenientes, compra con promesas de bienestar futuro en la ciudad y, a veces, exacción directa de la propiedad. La carpa de los desplazados ocupa un espacio más reducido y dos hombres están parados, hablando. Uno me dijo: «Yo era proveedor del casino de oficiales, tenía dos negocios, se corrió la voz de que era informante de la guerrilla, tuve que dejar todo y venir para acá». Otro, de raza negra y muy buen lenguaje, era empleado en el sector de medicina legal: «Los paramilitares me pedían que entregara los cadáveres sin autorización, cosa que yo no podía hacer, me quemaron todo lo que yo tenía y nos vinimos para Bogotá. La adaptación a la ciudad es horrible, la gente rola (bogotana) es muy humilladora con los que no son de la ciudad».

Y sigo sin entender que esta ciudad, tan de avanzada en algunas cosas, se muestre tan retrógrada en otras, como por ejemplo en el desprecio a la gente del campo.

Saliendo de la carpa, hay inscripciones de grupos de rock. Uno le canta a Jesús: «Ya no me queda más por hacer, Niño, protégeme». Y otro grupo, llamado Distrito, escribe: «Es posible secuestrar incluso a dios».

Sigo sin entender cómo la gente después de haber sufrido tanto, sobre todo en el campo, todavía haga entierros con música de vallenato y baile colectivo (porque al difunto le gustaba).

Los alrededores del barrio

Me remitiré a lo que veo, nada más. Me aventuro unas cuadras, cerca de la Plaza de Bolívar, y veo por el camino que venden en unas tiendecitas ropa

de inspiración militar. Están expuestos los maniquíes en la puerta: es ropa de hombre, bastante elegante, el pantalón es como para mimetizarse en la selva, arriba un pulóver verde oscuro con un echarpe muy bien colocado al tono y sombrerito verdinegro. En la pechera del pulóver un logo que dice «Combate terrestre». Me comenta la vendedora que hay hombres a los que les gusta vestirse de militar. Cuando vuelvo a mi barrio observo la forma de caminar de algunos hombres por la calle: lo hacen con paso marcial, acompañando el movimiento de las manos con el de las piernas; como temo que sea una falsa percepción, chequeo lo que vi con las chicas de la recepción que me dicen que sí, que efectivamente algunos hombres caminan con paso de ganso.

Vuelvo por la calle de la Plaza y descubro algo que me llama la atención: unos tímidos carteles manuscritos que dicen «Plaza del sí». Pregunto qué funciona allí y me informan que está la comisión de derechos humanos, que toque timbre. Me hacen subir y en una oficina muy chica vienen a conversar un hombre y una mujer. El hombre le cede la palabra a la mujer y esta, sumamente inteligente, me explica la tarea que lleva a cabo la institución. Me explica cómo el ejército fue la institución que más obstaculizó el trabajo de la gente de derechos en zona de guerra. Y me regala un libro, impecable en sus planteos pero con algunas consideraciones significativas: llevaban veedores a las zonas de guerra pero muchas veces los veedores no podían entrar... porque tenían miedo. Y otra vez el contraste entre tanta inteligencia y tanta incomprensión, esa oficina como oculta y tan humilde con publicaciones tan valiosas.

* * *

Es mi último día en Bogotá y ya no me sorprenden ni su mercé, ni su mercesita, ni mi señora (ese me parece un poco raro igual, como si yo fuera la virgen). Me tomo un tinto a la mañana y aunque tomara cinco no me emborracharía, es el café. Quiero recorrer el barrio para llevarme una última imagen de la ciudad. Voy por la peatonal y está llena de músicos ambulantes; uno me cuenta que era de la orquesta sinfónica, y debe ser, está vestido y peinado con mucha dignidad y toca Beethoven con virtuosismo.

Parece un ciudadano exiliado en la calle. En la otra cuadra, un argentino canta tangos en tono abolerado; me cuenta que canta también en boliches, en fiestas. Está casado con colombiana y tiene cara de rufián melancólico actualizado. Cerca, un colombiano toca vallenato y canta, muy bien, con una chica que puede ser su hija. Ellos tienen un perro atado, y la gente los mira con mucha simpatía, ya a él, ya al perro, se detienen para acariciarlo, el perro ladra pero es como si no obstaculizara el canto y viceversa. Y vuelta al café Juan Valdez. Cuando uno pierde la sensación de ser turista y el barrio o una calle se vuelven una alegre rutina, hay que irse. Me quiero despedir de Bogotá con tres caras que me vienen a la memoria, tres caras emparentadas, color tierra clara, un color opaco. Una es la de la nena que escribía su diario, empeñosa, sufrida antes de tiempo, cara de persona capaz. Otra, la de un muchacho que me vino a saludar después de una charla en una biblioteca de un barrio humilde, moreno de ojos claros, sonriente, se acercó agradecido, pero en actitud igualitaria, muy simpático. Y por último, la cara de Evelio Rosero, autor de *Los ejércitos*. En su novela cuenta cómo fue la guerra en Colombia. Es una cara que ha contemplado el mal sin tapujos, pero no se ha contaminado de escepticismo ni de cinismo.


DAVIVIENDA
Corficolombiana
TEQUENDAMA

Marina Perezagua
(SEVILLA, ESPAÑA, 1978)



Foto: © Margarita Mejía.

Es licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla. Durante cinco años impartió clases de lengua, literatura, historia y cine hispanoamericanos en la Universidad Estatal de Nueva York, donde cursó su doctorado en Literatura. Tras vivir una larga temporada en Francia y trabajar en el Instituto Cervantes de Lyon, volvió a Nueva York, donde después de algunos años dando clases en la New York University, reside de manera permanente. Ha publicado en diversas antologías y revistas literarias, tales como *Renacimiento*, *Sibila*, *Carátula*, *Ñ*, *Quimera*, *Granta*, *Cuadernos Hispanoamericanos*. Es autora de las colecciones de relatos *Criaturas abisales* (2011) y *Leche* (2013). Tras los dos primeros libros de relatos, ha publicado dos novelas: *Yoro* (2015) y *Don Quijote de Manhattan* (2016). Sus libros cuentan con las ilustraciones de Aron Wiesenfeld y Walton Ford, quien recientemente ha ilustrado la portada del último álbum de los Rolling Stones. Sus libros *Leche* y *Yoro* están siendo traducidos en estos momentos al japonés, alemán, italiano, húngaro, portugués, polaco e inglés, edición, esta última, a cargo de Ecco Press.

Receta para la construcción de un laberinto

A Julio Paredes,
porque cuando mira al cielo las nubes se desplazan,
se preñan, se iluminan, y desaparecen.

Querido A.,

Vine a encontrar la paz. Me pareció lógico buscarla en un lugar que ya se había anticipado a buscarla ¿no era la paz lo que reclamaba en esos momentos el país? ¿no es eso lo que también yo he venido buscando desde que siendo adolescente levanté la mano a mi padre? Y las raíces de esa violencia que acabó por salvarme de quien me dio la mitad de mi genética ¿no se nutren del mismo terreno que alimenta lo que tú me halagas como *vitalidad*? Necesito la paz como un descanso y, al mismo tiempo, temo que todo acto de vida sea necesariamente un acto de violencia; el golpe de una piedra contra otra logra el fuego que nos protege del lobo, el antibiótico mata la vida de una bacteria que consideraríamos un feliz milagro en los ríos metálicos de otro planeta. No sé si voy a encontrar mi tregua, pero éste no sería un lugar extraño para lograrla, porque desde donde te escribo, un banco del jardín botánico de Bogotá, me veo rodeada de palmas de cera. Te preguntarás qué tiene que ver esto con la paz. Bueno, un árbol que se demora cuarenta y cinco años en dar fruto me lleva a vincularlo a la fertilidad lenta, el paso demorado con que llega cualquier reconciliación. Me temo, mi querido A., que yo no viviré tantos años como vive una nación para aplacar esta permanente ansia de existencia que siento ya desde antes de abrir los ojos cada mañana, y que me hace llegar a la noche con el temor de que durante mis horas de sueño alguien difumine un poco más la línea de vida de la palma de mi mano derecha... ¿o era la palma de la mano izquierda? No, ha de ser la derecha, porque en nuestro último encuentro

fueron sus líneas las que emergieron como acequias recién irrigadas cuando mi lengua retiró tu leche, ¿o fue tu lengua la que me limpió para hacer visible de nuevo esa línea de la vida con que horas después recorrí tu espalda al despertar? Cuando las primeras luces entraron por la ventana, tú cambiaste de postura, y todavía dormido te pusiste bocabajo. Yo posé la palma de mi mano en tu nuca y la fui descendiendo por la columna vertebral hasta el hueso sacro. El hueso sacro tiene ese nombre porque al presionarlo suavemente, y siempre con la palma de la mano tensa, los mecanismos sexuales se lubrican, y la creación se hace posible. Piedra contra piedra da fuego. Carne contra hueso promete vida. ¿Cómo encontrar la paz si hasta en la armonía de lo más bello puedo rastrear batallas ancestrales? Pero disculpa la digresión, te hablaba de la palma de cera: cada anillo del tronco significa una cicatriz, una hoja que se cae, una muerte de unos quince kilogramos de peso. Los anillos que en otros árboles significan cumpleaños, en esta palma son marcas de supervivencia. No podrías imaginar, querido A., cuántas veces he pronunciado para mis adentros la palabra: «sobreviví», y cuántas veces he deseado cambiarla por una invitación: «ven a sobrevivir conmigo». En este jardín busco el sosiego, al tiempo que rehúyo del letargo, de la anestesia que recuerdan las cicatrices de una operación a corazón descubierto. Mi corazón no soportaría desconectarse de la conciencia de estar vivo, pero, me temo, esto requiere una intensidad agotadora para un sólo músculo.

Llegué a Bogotá con la fiebre del deseo. La primera vez que me alejé de ti fui a Marrakech. Estuve días sin escribirte, necesitaba enfriarme en las noches heladas del desierto. Como no puedo vivir en este calor permanente de mis delirios, he aprendido a bajarme la temperatura, y tengo ciertos lugares predilectos para mis hibernaciones. En aquella ocasión las noches del Atlas cumplieron su cometido. Cuando llegué aún llevaba dentro un impulso de guerra, esa ceguera con que miraba todo sólo para horadarlo y poder encontrarte a ti al otro lado del agujero. Una piel rígida de cabra secándose al sol no era más que una membrana fina a través de la cual te veía acariciando mi propia piel, y no había tambor que sonara al calor de la lumbre, cerca de mi jaima, que no revelara tu nombre hacia el cielo callado.

Te avisé que te escribiría a mi vuelta a Yamaa el-Fna, la gran plaza de Marrakech, desde donde convocaría tu ausencia a mi oración durante los siete días siguientes. Me gusta la llamada a la oración, ese *adhân* que se anuncia desde los minaretes con la misma naturalidad con que se presentan los ciclos lunares:

Haiya ʻalal-Falâh, Haiya ʻalal-Falâh
«Venid de prisa hacia el gozo, la felicidad»

Tenía planeado sentarme en un café de la plaza, o en un escalón, para repetir el *adhân* después de haberme aseado para recibirte, y entrar así en un remanso necesario que me permitiera aplacar esas ganas de beber sólo para tener un líquido que ofrecerte. Pero al cabo de tres días recibí un mensaje tuyo, impaciente, con esta sola frase: «¿Y cómo es de largo ese desierto?». Parecías, tú también, un animal atrapado en las babas de la última hembra viva. Yo, que ya estaba más calma, te respondí aludiendo a Borges, y dije algo como que el desierto es el laberinto más perfecto. Pero ahora que vuelvo a sudar ante el pensamiento de verte pronto, pienso que el laberinto más perfecto es el deseo, ese muro ciego donde retumba el aullido de quien nos penetra a sabiendas de que también él se perderá. No querer salir es la esencia de la arquitectura más enrevesada, la medina de los mil callejones, el mapa que usamos para llegar, por fin y para siempre, a la ciudad equivocada.

Mientras te escribo bebo un zumo de *lulo*, una fruta que no había probado antes. Dicen que a grandes dosis es tóxica por contener alcaloides. Pienso en otros *alcaloides:* la cocaína, la morfina y la nicotina. El grado de acidez del lulo me parece tan exacto a mi gusto que debo de haberme bebido ya un litro. Tal vez su toxicidad ha empezado a hacerme efecto, pero sea como fuere, me siento más tranquila. Miro la palma de cera más cercana. Es excepcionalmente alta, yo diría que sesenta o setenta metros. Me fijo en sus anillos, cicatrices, e intento contarlos hasta la copa mientras acaricio en cada uno de ellos una de tus veinticuatro vértebras, y comienzo, de este modo, a levantar mi propio laberinto.

Anillo 1

Ingrediente: repetir tres veces: «La muerte del otro es mi propia tragedia. No se pronunciará la palabra *muerte* en vano». Y por si la muerte se acerca, siémbrese en la vértebra primera un *Dracus Lechieri*, conocido comúnmente como drago.

La vértebra C1 se llama, precisamente, Atlas, como la cordillera norteafricana donde por primera vez traté de enfriarme de ti, pero también como el titán condenado a cargar en sus hombros nada menos que el arco del cielo. Cierro los ojos. Pongo la palma de mi mano en tu atlas y te acaricio como si quisiera aligerarte, por un momento, de un peso que desconoces. ¿Sabes? Entre el miércoles veinticinco de mayo, el jueves veintiséis y el viernes veintisiete del año pasado al menos setecientos emigrantes perecieron en su intento de alcanzar, desde el norte de África y en precarias embarcaciones, las costas italianas. Ahora te preguntarás a qué viene esto. Pues verás, es que yo nos quiero agradecidos a la vida, y cuando visites el laberinto que estoy levantando con las plantas de este jardín lo comprenderás. Por desgracia, la muerte individual o colectiva, por sí sola, ha dejado de ser un argumento interesante en las conversaciones. Un ejemplo: en este preciso minuto veo (no me preguntes cómo lo veo, quizá sean los alcaloides del lulo) que el vecino del cuarto D coincide en el ascensor con la vecina del séptimo A y, para amenizar el corto pero incómodo trayecto, ambos aluden a las últimas muertes anunciadas por el telediario. Son jóvenes, y por las miradas que intercambian cuando se cruzan en el portal ambos saben que la atracción es mutua. Podrían haber aprovechado el trayecto para desnudarse, olerse, chuparse; dos lenguas, dos sexos y ocho extremidades dilatando los diez segundos de elevación en un tiempo a las afueras del tiempo, un espacio a los adentros de una erección. Pero el disfrute de los cuerpos sigue siendo más escandaloso que utilizar a los difuntos para pasar el rato. El placer resulta ser más obsceno que el aburrimiento, y sólo hay algo más aburrido que el parte metereológico: las muertes de todos los días, mucho más rutinarias, certeras y predecibles que

los pronósticos del hombre del tiempo, y es que parece que la gente no se cansa de morir. Repito tres veces: «La muerte del otro es mi propia tragedia», y un drago, ese árbol cuya savia se utiliza para cicatrizar, se alza sobre tu espalda. De su tronco sale un caño de savia escarlata, como esos cristos que de vez en cuando se aparecen llorando sangre en la pared de madera de una casa humilde, y que mueven a lugareños y extranjeros a ver el milagro del llanto que, con fe, tiene el poder de cicatrizar las miserias familiares, la enfermedad del hijo, el alcoholismo del marido. Atlas: te beso tu vértebra primera.

Anillo 7

Ingrediente: niebla.

La palma de mi mano llega a tu vértebra C7, que une la región cervical con la torácica. He entrado en la zona de los pulmones, del corazón, pero desde atrás, ¿acaso renunciamos a las espaldas del placer? Cuando estamos juntos yo misma me pongo bocabajo para mostrarte rendición absoluta. Así hacen los perros, e igual que ellos acepto que me lamas el verso y el reverso, el vientre y las nalgas y la cara y la nuca, y todo ello con todos sus agujeros. La región torácica, querido A., es una región blanca, su color, quiero decir, si tuviera que darle un color, éste sería el blanco, debido a la niebla. Ya desde los primeros días aquí en Bogotá acaricié el impulso de alejarme de la ciudad, no de esta, sino de todo asentamiento que conforme a unas reglas, una burocracia, unos horarios o el insoportable decoro ciudadano me niega el derecho de ver las cosas como fueron creadas: crudas, desnudas, con sus chillidos o susurros fuera de las cinco líneas de un pentagrama occidental, vibrantes en el ritmo inarmónico de las montañas, el fuego. Pensé que un oasis, un asentamiento –digamos Manhattan, digamos Bogotá– se define por el desierto que lo rodea... otra vez el desierto, tal vez esto fue sólo un subterfugio para volver a escaparme, salir a conocer los bosques de niebla de Chicaque. Allí el aire es blanco, de manera que tenía la sensación de poder ver la cantidad justa que respiraba. En una sola bocanada me inflaba los pulmones, que durante toda la jornada

de caminata visualicé como dos grandes nubes que oxigenarían (así lo quería yo) mis células para contrarrestar siquiera unos días la contaminación de vuelta a Bogotá, de vuelta a mi propia guerra en Nueva York. Ahueco la palma de la mano y soplo entre esta y tu espalda. Se te eriza la piel. Vuelvo a sentir la humedad de la niebla, en mi cara, en mis pulmones, en mi ombligo. Esto es el aire puro: el vaho interior que recorrerá los pasadizos de mi laberinto.

Anillo 13

Ingrediente: sauces, de esos que llaman llorones y que por nombre científico se conocen como *Salix humboldtiana*.

La vértebra T6, en comparación con el arqueamiento de otras vértebras, tiende a estar derecha. Me detengo precisamente aquí para decirte que tengo que dejar Manhattan. Me he hartado de la cuadrícula de calles y avenidas donde jamás se me permitió desorientarme, pararme a preguntar, y es que sólo los necios –dicen en aquella ciudad– pueden despistarse en un sistema tan sencillo. Calles y avenidas, calles y avenidas, pero yo sólo veo cuadrados sobre los que quiero desplazarme saltando, como hacía con mis amigas allá en la infancia sobre un suelo mal pintado con tiza. Mi lugar está en mi laberinto. Me meto las simientes de los sauces en la boca y las dejo caer, con un poco de saliva, en tu espalda. Los salicatos de su corteza son capaces de actuar contra la fiebre, el dolor, la inflamación, y conforman gran parte de lo que hoy conocemos como aspirina. Cuando vengas, arranca un trozo de corteza antes de entrar en el laberinto, porque dentro no se dejan de sentir los dolores que se sentían afuera. Ahora mismo, mientras te escribo, largos tallos con sus hojas comienzan a brotar desmedidos, como si también las pepitas ansiaran crecer y jugar fuera de los límites de este o de cualquier jardín, de un parque, de un diseño paisajístico sometido al presupuesto imperial y al concurso de los mejores arquitectos de la siempre ordenada ciudad. Las flores tampoco tardan en brotar: orquídeas, mangles, gerberas, astromelias, passifloras... Es bonito ver cómo las plantas se entrelazaban, enredándose unas con otras para formar estas tapias vegetales

que un día me darán sombra sin reclamarme que justifique dónde estoy ubicada en ese momento preciso, y tampoco nadie sabrá localizarme, pues este lugar será el punto ciego, ángulo muerto para los ojos arrogantes de los satélites, del espacio, y hasta de Dios.

Anillo 19

Ingrediente: no temer la flecha del amor.

Querido A., sirva esta carta para confirmarte que no voy a volver a la cuadrícula donde nos conocimos. ¿Sabes que aquí en Bogotá hay perros ferales? Los animales, cansados del maltrato de la ciudad, se han ido a los montes, y a veces vuelven, y muerden, y matan, y contagian enfermedades que sólo escuchamos cuando somos niños, en los relatos de nuestros abuelos. No pienso vivir en ningún lugar al que no acudan, de vez en cuando, las bestias. Continúo, pues, con las instrucciones de mi laberinto, en caso de que quieras volver a verme.

Lo primero que verás a la entrada, antes de perderte por los corredores vivos, serán estas palabras:

Yo no temo la flecha del amor.

Podría escribir simplemente «Bienvenido», pero yo no doy la bienvenida a cualquiera, y si escojo estas palabras es porque quiero evitarme así el trabajo de expulsar a esos hombres, aprendices de tiro, que temen atravesar el centro de la diana. No nos conocemos demasiado, aún nos licuamos en una pasión sin la mácula marmórea de nuestras diferencias, pero has de saber que no seré nunca diana en la que otros templan su puntería, sino blanco certero del amante rotundo y decidido.

Estoy en la vértebra T12, justo donde tu columna se arquea en la región lumbar. De nuevo la guerra: una flecha. Pero has de comprenderme, escribo esto porque, mientras te espero, quiero evitar la entrada de cazadores que, a falta de la mejor arma –la bondad– llevan rifles para someterse a la tarea absurda de la búsqueda. No soy yo presa de jauría, liebre obcecada en cansar a los perros. Ningún cazador que encuentre más placer en la persecución que en el sabor de la carne conocerá nunca la proteína sin

procesar de este cuerpo mío que se ofrece sin olor a estrés, a trauma, a huida. Esta es una de las razones por las que te espero, eres ya amante diestro, y yo no soy entrenadora (venado, gacela) de amores indecisos.

Anillo 21

Ingrediente: Un colibrí.

Un señor se ha sentado junto a mí en este banco y me ha dicho que en este jardín los colibríes visitan más de 2.000 flores al día. Tu vértebra L2 forma una especie de hoyito al final de tu espalda. Un día, cuando era pequeña, vi que mi madre ponía semillas en una maceta, las cubría de tierra y luego echaba un poco de agua. Le pregunté qué estaba haciendo, y me contestó que enterraba semillas para que crecieran flores. Al día siguiente saqué a nuestro pajarito de la jaula. Lo metí en una maceta, lo cubrí de tierra y luego le eché un poco de agua. Si de una pepita salía una flor, de un pájaro brotaría algo mucho más grande. Desde aquel día he enterrado a muchos pájaros. En todas las macetas de mi terraza hay uno. Yo misma pinto las macetas con diversos colores. Los vecinos piensan que soy un poco rara porque tengo decenas de macetas sin plantas. Ya me he acostumbrado a presionar suavemente las pequeñas cabezas mientras sus picos se van acallando, pero me he cansado de despertar y correr a abrir la ventana de mi habitación para recibir la noticia dulce de que mi vida ya no será más un permanente acto de sembrar pájaros. Recuerda, mi muy deseado A.: dentro de todas las complejidades de esta cabeza mía, dentro de todos los muros orgánicos de mi cerebro –un laberinto dentro de otro laberinto– me aparto del amor concebido como la lucha entre un hombre renqueante y una mujer esquiva, y así, de un segundo al otro, me entrego, porque si alguna vez me hicieron daño, ya lo olvidé, o lo he querido olvidar, que es igual. Me doy al otro, siempre, por primera vez. Desayunaremos cada mañana sin conflictos mayores. Aquí me tienes, diré: me doy por conquistada, y antes de terminar la frase ya estaré tendida sobre mis propias vértebras.

Anillo Os Sacrum

Llego por fin al hueso sacro. Aún estás dormido. Extiendo la palma de mi mano, a unos centímetros de tu piel. Empiezo a oler a sal. Conozco perfectamente mi olor salino tras la calma, se parece al olor que, después de una tormenta, se desprende de los pequeños charcos de mar que han quedado en las rocas. Las minas de sal de Nemocón, ese océano antiguo y muy antaño lleno de vida, me han venido a confirmar que un oasis se define por las arenas que lo circundan, ese polvo fósil que constituye el ADN de absolutamente todo lo que se mueve en una ciudad, en la paz y en la guerra.

Si me permites un sueño, te contaré que fantaseo con que te decidas a venir. No quiero permitir que la vida se nos vaya, ignorando que debemos venerar el improbable momento en que una flecha recorre las galerías de un laberinto, y rompe de manera inexplicable la trayectoria recta de la lógica para llegar a encontrar ese espacio entre muslo y muslo de donde mana el agua con que rocío estos caminos, cántaro de una mujer que tiene que regar la mayoría de las noches (y qué remedio) sola. Arquero, ¿has visto lo que hay escrito a la entrada? –te preguntaré. Y tú asentirás con la cabeza, y yo, que no temo la flecha del amor, me situaré frente a los muros verdes que he venido levantando en tu espalda y fijaré el pulso de tu arma erótica. Aliviaré tu inquietud, aseguraré tu puntería, y tensaremos el arco. Tú arrancarás un lirio y limpiarás la punta de la flecha con la flor. Cuando me amas, no hablas. Está bien. La lengua está para otras cosas, y el lenguaje no es de las más importantes: una gota de su saliva, una papila inflamada por la sal de su sudor ordenará la sintaxis de este laberinto mío.

Miro la palma de cera. Ese árbol que se demora cuarenta y cinco años en dar fruto parece ofrecer muestras de brotes de paz.

Te espero en el jardín botánico de Bogotá. Estaré recostada entre el tercer y el cuarto anillo de una de estas palmas, vértebras C3 y C4. Si sigues durmiendo bocabajo, basta con que te des la vuelta para que me encuentres tendida sobre ti, acaso dormida: soy la parte blanda del árbol.

Edmundo Paz Soldán
(COCHABAMBA, BOLIVIA, 1967)



Foto: © Margarita Mejía.

Es profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell. Es autor de once novelas, entre ellas *Río fugitivo* (1998), *El delirio de Turing* (2003), *Los vivos y los muertos* (2009), *Norte* (2011) e *Iris* (2014); y de cinco libros de cuentos, entre ellos, *Billie Ruth* (2012) y *Las visiones* (2016). Ha coeditado *Se habla español* (2000) y *Bolaño salvaje* (2008). Su libro más reciente es *Los días de la peste* (Malpaso, 2017). Sus obras han sido traducidas a diez idiomas y recibió el premio Juan Rulfo de Cuento en 1997 y el Nacional de Novela en Bolivia en 2002. Colabora en diversos medios, entre ellos los periódicos *El País* y *La Tercera*.

En los márgenes

Llegué a Bogotá en un día nublado, muy poco antes de que los colombianos se enteraran de la avalancha provocada por el desborde de tres ríos en Mocoa, al sur del país: más de doscientos muertos. Mi hotel quedaba en el barrio Chapinero, y cuando salía a almorzar bandeja paisa y otros platos típicos en los restaurantes cerca de la iglesia de Lourdes, la realidad me abrumaba: las televisiones estaban sintonizadas en los canales que trasmitían en directo desde el lugar de la tragedia; los comensales seguíamos la cobertura, impactados. Esos mismos días, los periódicos hablaban de la pena máxima (52 años de cárcel) impuesta a Rafael Uribe Noguera, un arquitecto de familia acomodada que había secuestrado, violado y asesinado a Yuliana Samboní, una niña indígena de siete años. Martín, el conductor del coche con el que me desplazaba por la ciudad, estaba indignado al enterarse de una particularidad de la condena: un día de buen comportamiento de Uribe Noguera en la cárcel de La Picota –la más importante del país– equivalía a una reducción de dos días en la condena. «Así saldrá en diecisiete años», decía. Habló de un sistema judicial que beneficiaba a las clases acomodadas; le dije que en Bolivia no era diferente. Cambiamos de tema y me preguntó qué escribía. Me contó, orgulloso, que en su auto había llevado a figuras como Vargas Llosa, García Márquez, Coetzee, Le Clézio.

No le comenté que en pocos días visitaría La Picota. Había pedido conocer una cárcel, acababa de escribir una novela ambientada en una y quería ver las diferencias con las bolivianas. Durante los tres años que le dediqué a *Los días de la peste* entendí que la cárcel era un microcosmos que mostraba, exacerbadas, las grandezas y miserias de la sociedad que la creaba, y que conocer sus reglas de funcionamiento, la forma en que los

presos desarrollaban una comunidad con los guardias y las autoridades del penal, incluso un habla particular, era una fascinante y compleja puerta de entrada para entender la ciudad a su entorno. En mi novela, el Prefecto de una provincia y el Gobernador de una cárcel conocida como La Casona deciden prohibir el culto de una diosa pagana –la Innombrable–, por considerar que esta incita al odio y la venganza (su modelo proviene, claro, de *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo); la historia explora todas las ramificaciones de esa prohibición, desde las sociales y culturales hasta las políticas y económicas, a través de más de treinta narradores (una cárcel latinoamericana es un espacio de hacinamiento, en el que proliferan las voces; debido a ello, nunca se me ocurrió narrar esta historia desde una sola perspectiva: mientras más perspectivas hubiera, mejor).

Los organizadores de mi visita también me llevarían a La Rioja, un comedor comunitario que servía de albergue a niños y jóvenes de la calle a los que el municipio de Bogotá, a través del Instituto Distrital de la Protección de la Niñez y la Juventud (Idiprón), ayudaba en la reinserción social. De hecho, comenzamos por Idiprón-La Rioja. Fui con Ricardo, el encargado de Idartes que se hacía cargo de mis planes y solucionaba mis problemas; Alberto, mi insuperable guía en Bogotá; y Margarita, la fotógrafa de ojo maravilloso. Me pasaron a buscar un lunes a las siete de la mañana. Después de un viaje de media hora, llegamos al edificio de tres pisos, las paredes de color amarillo y verde claro. A la entrada, una frase pintada en letra palmer negra, «La mejor profesión del mundo es servir». Su autor era el Padre Javier de Nicoló, un italiano llegado a Colombia en 1948, fundador y exdirector de Idiprón, que a lo largo de los años llegó a rehabilitar a 80.000 jóvenes en las 40 casas de su fundación, Servicio Juvenil.

Los jóvenes charlaban, se empujaban y venían a hablar conmigo, desenfadados. Los más nuevos del albergue eran dos chiquillos de diez y once años. Una de las instructoras, Juliana, me comentó que el gran problema de la mayoría era su adicción al bazuco, pasta base de cocaína barata, emparentada con el crack, y que en el albergue tenían penalidades para quienes lo usaran allí, aunque era inevitable que ocurriera a espaldas

de los encargados. En los baños del piso de arriba sentí olor a yerba; la toleraban como un mal menor.

Ahora ves vida en sus caritas, dijo Juliana. Si vieras cómo llegan. Con las ropas rotas, a veces sin zapatos, el rostro estragado, los ojos inyectados en sangre, idos. Las primeras semanas consiste sobre todo en recuperar su autoestima. No te imaginas lo que es vivir en la calle.

No, no me lo imaginaba. Un chiquillo bajito y moreno conocido como el Piraña se acercó para contarme de los casi diez años que había pasado viviendo a la intemperie. Se fue de casa después de una pelea con su padrastro; reconocía que era peleador, que no podía controlar su temperamento y que sus estallidos furiosos lo llevaron a la calle. Venía de Santa Fé y terminó viviendo en Bogotá, en un túnel del alcantarillado. Un día amaneció al lado de un chiquillo muerto: lo habían acuchillado mientras dormía. Decidió cambiar de vida cuando quienes vivían en el túnel con él le prendieron fuego al Calidoso, con quien él estaba, cerca de la universidad Javeriana. Él mismo no sabía cómo había sobrevivido tantos años afuera, y no se imaginaba regresar a la calle, aunque en Idiprón podían salir cuando querían, previo permiso; de hecho, me pidió plata para el colectivo, quería visitar a sus tíos en el otro extremo de la ciudad y quedarse un par de días a dormir con ellos.

Desayunamos con los jóvenes, y luego se formaron para que los instructores me presentaran (leí en una pared: «No se puede educar allí donde no hay libertad»). Uno me desafió al ajedrez y me ganó tres partidas seguidas. Johnny el Panameño, un negro alto, llevaba consigo un libro de la biblioteca, uno de esos *best sellers* de otra época: *La corona de hielo*, de Thomas Costain. Javier, de pelo rizado y preguntas inquisitivas, iba por todas partes con un viejo libro de historia de Toynbee entre las manos; esos chicos desmontaban mis prejuicios: parecía un simple azar del destino que hubieran terminado sus días en la calle. Se hacían promesas para no volver, pero Juliana me decía que no era tan fácil: estaban los que reincidían con el bazuco y volvían a la calle, los que no podían romper con el ciclo vicioso y terminaban en La Picota. De hecho, cuando les dije que al día siguiente visitaría la cárcel, uno me dijo que tenía un par de amigos ahí. El camino

que lleva de la calle a La Picota parece muy directo; la labor de quienes trabajan en Idiprón es ayudar a cortar ese circuito.

Los chicos dormían en un recinto amplio en el segundo piso, las camas alineadas una tras otra, todas bien tendidas. Al lado estaba la sala de textiles, donde quienes querían aprendían a diseñar y tejer piezas que ellos mismos vendían en las calles y en negocios que los apoyaban. En una pizarra se leía, medio borroneada, una frase: « CEPT R EL M NU L DE CONVIVENCIA ES CEPT R QUE ESTOY H CIENDO UN PROCESO RE L VERD DERO».

El profesor que enseñaba a tejer me dijo que él también había sido un niño de la calle y que Idiprón lo había salvado; trabajar para ellos era una forma de devolverles lo que les debía. El desafío era no sólo darles un lugar donde dormir, sino proveerles de formas de ganarse la vida y reinsertarlos en la sociedad; tejer ayudaba a los chicos a concentrarse y desarrollar sus habilidades artísticas, lo cual los llevaba a mejorar su autoestima; ganaban además algo de plata (a uno le iba tan bien que prácticamente no hablaba, dedicado como estaba a sus cintas y pulseras; otro intentó enseñarme cómo insertaba sus pequeños anillos para ir formando diseños geográficos que tenía memorizados, pero se dio cuenta pronto de que yo no era hábil con mis manos). Idiprón tenía convenios con diversos organismos que empleaban a los chicos: algunos trabajaban en el Transmilenio (los buses del servicio de transporte de la ciudad).

En Idiprón-La Rioja al menos había esperanza: los jóvenes miraban su futuro con la sensación de que, al menos mientras estaban en ese edificio, podían soñar con cambiar sus vidas. La cárcel de La Picota, a la que fuimos con Ricardo y Alberto, era diferente: localizada al suroeste de Bogotá, en la carretera a Usme, este complejo carcelario que recluía a 8.000 presos transmitía un ambiente depresivo desde la llegada. En la puerta principal se alineaba una larga cola de mujeres con bolsas transparentes para los internos; las parejas, las madres, las hijas de los internos eran el contacto de ellos con el mundo. A lo lejos, mi guía me señaló un espacio más abierto: allí vivían los presos que habían cumplido cierta cantidad mínima de años y cuya buena conducta les daba derecho a ciertas libertades (esos presos,

uniformados, iban de un lado a otro por La Picota, dedicados a labores de limpieza). También señaló un espacio especial para los presos por el terrorismo.

Una vez pasada la puerta principal, caminé por un largo sendero rumbo a las instalaciones que se me permitiría visitar; pasé por una mole imponente a mi derecha: el edificio para los presos de máxima seguridad, con ventanas pequeñas y muy bien resguardado. Era relativamente nuevo, albergaba a gente como Uribe Noguera; desde la calle, dos mujeres se gritaban promesas de amor con sus parejas allá adentro, que asomaban su rostro para seguir intentando despedirse.

Pasé por el edificio donde vivían los policías, al lado de un colegio adonde iban sus hijos (en el patio los niños de la banda de música ensayaban un himno marcial). La profesora de literatura –ella misma casada con un expreso de La Picota, y ahora dedicada a labores de voluntariado– nos condujo a la biblioteca de la cárcel y luego a una sala donde me reuniría con un grupo de internos. Atravesamos una serie de patios –hay unos quince en La Picota– sin que los guardias nos escoltaran, imágenes de vírgenes y mensajes de apoyo a la comunidad LGBTI en las paredes. En los patios los guardias dejaban solos a los presos y únicamente intervenían en casos de emergencia; podíamos verlos tirados contra el piso de cemento, recostados en hamacas o arracimados contra la pared buscando escapar del sol, uno al lado del otro, sin mucho espacio para moverse (en mi novela la situación era similar). Se oía el murmullo constante de sus voces. En algunos patios había más orden que en otros: el 4 –el de los presos de la Farc– y el de los exparamilitares, eran conocidos por el rigor con que lo llevaban sus encargados. Reconocí mi nerviosismo cuando un grupo de exguerrilleros de la Farc, vestidos como si acabaran de jugar un partido de fútbol, pasó a mi lado rumbo a sus instalaciones; alguien me señaló al carcelero de Ingrid Betancourt, que cojeaba al caminar. Los exguerrilleros nos saludaron uno a uno con cortesía.

En una sala adyacente un profesor enseñaba teatro a un grupo de internos. En la mía había alrededor de quince presos, que se colocaron en semicírculo para escucharme. Les dije que no iba a dar una clase y que me

dijeran lo que se les antojaba. Uno contó que había intentado robar un carro, que le había salido mal el robo, y que incluso así lo arrestaron y le dieron más de diez años de cárcel. Buena parte de las historias giraba en torno a la injusticia de estar allí: ninguno se proclamaba inocente, la queja era más bien contra la cantidad de años que les tocaba por penas menores. Uno de los internos era sociólogo y habló de la falta de programas de rehabilitación en la cárcel, del hecho de que los verdaderos criminales en el país andaban libres. Estaba dos años preso y sentía que no había aprendido nada; hacía todo por portarse bien para volver a la libertad.

Uno habló con convicción del mundo rural que dejó atrás: lo había idealizado y quería volver cuando saliera de prisión, pese a que cuando vivía allá había hecho todo por irse. Recitó un poema hermoso sobre las luciérnagas en un atardecer en el campo. Otro se puso a cantar reggaetón acompañado por una guitarra: las letras, más bien cursis, eran suyas. Contó que para él La Picota era como una maldición: de niño, había venido a esa misma prisión a visitar a su padre. Pese a que no dejaban entrar solos a los niños, a él sí lo dejaban porque se había hecho conocido por los guardias. Su familia se había venido a La Picota para estar cerca de su padre, quien había recorrido muchas prisiones por diversos motivos. El niño se hizo grande, hubo una pelea con un grupo de amigos y una muerte en un bar, y así él también terminó encerrado en el mismo lugar. Salió, volvió a delinquir, pasó por otras cárceles, volvió a La Picota: la historia se repetía. Pero ahora, lo dijo con convicción, había aprendido de sus errores y estaba dispuesto a ser un hombre de bien cuando saliera.

Me preguntaron de qué iba mi última novela. De la vida en una cárcel, les dije, inspirada en la de San Pedro, en La Paz (Bolivia): un universo extraño en que los presos pueden llevar allí a vivir a sus familias (las esposas o concubinas, los hijos). Qué envidia esa cárcel, dijo uno, no hay de esas aquí. Quizás mejor, dije: no es un buen lugar para que crezca un niño. ¿Y es un buen lugar para un adulto? Tampoco, por lo que veía en La Picota: a diferencia de los chicos de Idiprón-La Rioja, los presos no parecía preparados para la reinserción social. Pese a sus grandes sueños, varios de ellos regresarían a una celda.

Me pidieron que les hiciera llegar un ejemplar de uno de mis libros. Una vez fuera, me pregunté cuáles de esos jóvenes que conocí en Idiprón-La Rioja terminarían en La Picota. Ojalá que no el ajedrecista, pensé. Ojalá que no Javier, el lector de Toynbee. Ojalá que no el chico que se frustró tratando de enseñarme a tejer. Ojalá.

Lina Meruane
(SANTIAGO DE CHILE, 1970)



Foto: © Margarita Mejía.

Su obra de ficción incluye la colección de relatos *Las infantas* (1998), y las novelas *Póstuma* (2000), *Cercada* (2000), *Fruta podrida* (2007) y *Sangre en el ojo* (2012); esta última ha sido publicada en 12 países y traducida a seis lenguas. Ha recibido los premios literarios Calamo, Otra Mirada (España, 2016), Sor Juana Inés de la Cruz (México, 2012) y Anna Seghers (Berlín, 2011), así como becas de escritura de la Fundación Guggenheim (2004), National Endowment for the Arts (2010), y DAAD Artists in Berlin (2017). Entre sus libros de no ficción se cuentan el ensayo *Viajes virales* (2012), el ensayo-diatriba *Contra los hijos* (2014) y la crónica *Volverse palestina* (2014), merecedora del Premio del Instituto Chileno Árabe de Cultura en 2015. Actualmente enseña cultura latinoamericana y escritura creativa en la Universidad de Nueva York.

Monjas muertas

A Alberto Paredes, camino a algún lugar.
Y a don Martin que lo acarrea.

O dar muerte a una monja
con un golpe de oreja.

Pablo Neruda, «Walking around»

Monjas muertas, dije. Muertas, repitió él desde el asiento delantero, como verificando que no había desoído lo que yo acababa de decirle. ¿Monjas?, pero no era una pregunta sino una palabra lanzada de vuelta, de rebote, un eco que eludía la diferencia entre una muerte natural y una forzada por una mano asesina. Se le había oscurecido la cara intentando juntar mis palabras, juntarlas y entenderlas, pensé, y pensé también que ese muchacho espigado pero enclenque no me iba a servir de guía hacia esas monjas. Era demasiado joven y no era de ahí. Yo no soy de Santa Fe de Bogotá, murmuró, y su voz fue la de un niño perdido con una uña metida entre los dientes. Un joven incómodo junto a un chofer canoso que se hacía el sordo.

(*Sus ojos cerrados, su pálido pelo amarrado en la nuca. Coronas de rosas blancas depositadas a su alrededor.)*

El muchacho estaba en ese auto con apenas una tarea, ir mostrándome una ciudad que él no conocía y que yo no tenía interés alguno en conocer. Era una ciudad como tantas, de palacios construidos e incendiados en tiempos remotos y de edificios recientes. Una ciudad de pasajes sin salida, de calles adoquinadas o carreras o avenidas revestidas de autos y de buses subiendo o bajando, subiendo, subiendo y deteniéndose en esquinas de plazas y cafeterías y mercados llenos de gente de gris, de trajes monótonos y vestidos floreados, mujeres con niños colgados de sus manos. Detrás de nosotros iba quedando un paisaje de tiendas como las de otras ciudades. Solo variaban los carteles, los nombres pintados en los carteles. Y el verde

de los cerros, y las nubes espléndidas que prometían romper aguas sobre nosotros.

(El auto aceleró por la carrera; mi monja seguía muy quieta.)

Entonces no sabes nada de estas monjas, afirmé, y él se volvió un encogimiento de hombros, una mueca indecisa en los labios. La crispación de una ceja en el retrovisor. Nunca, dijo, fijos en el espejo y en mí sus pequeños ojos castaños, su pestañeo rápido. Nunca le habían hablado de las difuntas del museo que yo andaba buscando. Pero no era raro no haber oído de ellas para quien no fuera originario. Para quien apenas hubiera estudiado los hitos de esa ciudad que algún arzobispo colonial había llamado Santa Fe de las Indias. Había intentado distraerme con esos trozos de historia, con esos nombres antiguos que acostumbraba recitarle a los pasajeros que solicitaban servicios de la empresa de turismo. Pero la respuesta a mi pregunta no estaba en sus libros. Me lo confesó con la vista lanzada a la calle donde todo se movía, salvo las nubes. Con la boca seca me lo dijo, y con resentimiento, porque en esa ciudad sólo algunos podían presumir de tener una beata clavada en la estirpe familiar. El retrato de la lejana parienta de velo negro que la distinguía de las otras, las sirvientas de velo blanco. Una prima piadosa. Una tía viuda ahora alojada en un convento de clausura del que no iba a salir ni muerta, porque las enterraban en el mismo lugar donde habían elegido pasar los últimos días.

(Era bella y espeluznante, pero no se lo dije. Ni le hablé de los años que llevaba estudiando a esas mujeres que decidían tomar el camino de la fe. De las niñas fervorosas que construían altares en su habitación y rezaban el rosario cada noche. De monjas que hacían oficio de tinieblas semanas dentro de una cripta donde apenas podían moverse, donde recibían comida una vez al día, donde guardaban un silencio sepulcral.)

Apoyé el codo en el respaldo de su asiento y observé un momento el cielo borrascoso de esa ciudad que ya había perdido el pedazo santo de su nombre. Le conté lo que sabía de ellas, las monjas muertas, lo que había averiguado. El chofer seguía sin prestarnos su oreja mientras yo les decía

haberlas descubierto con los párpados vencidos, con las manos envueltas en un rosario, con la cabeza coronada de flores fragantes que disimulaban apenas la progresiva descomposición de sus cuerpos. Porque las dejaban ahí, dije, durante días y noches, los días húmedos y las noches frescas de Bogotá. No podían enterrarlas hasta que algún pintor respondiera al anuncio clasificado del convento y se acercara entre los truenos del apocalipsis del que ellas por fin podrían escapar. Desde el otro lado de una celosía el artista contratado les hacía un retrato único y último de su desposorio con el prometido, coronado también, pero de espinas.

(Arrancarle las espinas, una por una, besarle la sangre. Eso había dicho mi hermana, en un arrebato del que quise sacarla.)

El muchacho me hincó su par de ojos encendidos y preguntó si esas religiosas aceptarían todavía vivas esa promesa matrimonial sin imaginar, como imaginaba él, que llegarían a ese otro convento celestial lleno de viejas veladas y desdentadas compitiendo por las atenciones de un Cristo igualmente anciano, de labios arrugados sobre encías desnudas. En su mueca hereje detecté la visión de ese geriátrico. Y desde su impúdica sonrisa, desde su boca poblada de dientes blancos y estirados, me espetó un indiscreto y a usted qué se le perdió entre esas viejas que no ha visto ni en pintura.

(Nunca confesar que se me había muerto una.)

Quien interrumpió mi silencio fue el chofer que parecía, de golpe, haber parado la oreja. Su merced llegó tarde por un día, comentó, y agregó que era una lástima, una verdadera lástima que no hubiera llegado antes. Esas pinturas eran algo de otro mundo, dijo, subrayando cada sílaba. *(De otro mundo, pensé yo, pensando en el altar que yo alguna vez había construido en mi habitación.)* Pero el museo acababa de recoger a las monjas: las había enviado a sus restringidas bodegas mientras el equipo de restauración preparaba los materiales para reparar los estragos que los siglos les habían propinado, a ellas, las esposas póstumas de Dios.

(*El altar en una esquina de su habitación, cinco velas encendidas durante días implorando por su recuperación.*)

Podía ir olvidándome de ellas, murmuró entre dientes, entre labios, la frase cepillada por el bigote entrecano. Se detuvo en una luz roja y dándose la vuelta y mostrándome por fin su rostro entero carraspeó que si yo había venido por monjas muertas a lo mejor podía interesarme una que no había muerto entre flores mustias ni había contado con un pintor que le arreglara el rostro para la posteridad. Una que había muerto en otras circunstancias menos gloriosas, más misteriosas, dijo, y nos dejó en suspenso porque ahora carraspeaba como antiguo fumador o como asmático, como un tuberculoso.

(Entre los misterios, el suyo fue del gozo y el mío acabó siendo el del dolor.)

Hubo acá una monja que le dio muerte a otra, dijo cuando recuperó el aire. ¿Se daban tormento?, ¿serían amantes?, interrumpió el muchacho que sí sabía de monjas que se flagelaban hasta el desmayo para arrancarse el pecado. De esas cosas yo no sé nada, espetó el chofer sonrojado; estoy hablando, dijo, atento a la larga raya blanca del camino, estoy hablando de una monja asesinada, descuartizada, carbonizada y dejada a la vera del camino por otra monja de aquí, de esta ciudad que se dice santa. El muchacho enarcó las cejas. Mentira, exclamó, pero de mentira nada contestó el chofer. Eran dos Adoratrices de la Preciosísima Sangre de Cristo, dijo el viejo, y casi tan de claustro como esas monjas que le interesan a su merced.

(Bajaba la temperatura, sentí las manos frías. Matar a una monja, cortarla en pedazos, prenderle fuego a sus ropas, a los retratos que había puesto en su altar. Derretir su recuerdo.)

Alguna iglesia estaba haciendo repicar sus campanas cuando me dejaron en la residencia donde iba a dormir un par de noches. Pedí una sopa a la habitación, pedí una estufa, pedí también una manta adicional y cada una de esas peticiones me las fueron cumpliendo en orden. La manta apareció

cuando yo ya estaba entre las sábanas frías de Bogotá, buscando a la monja y a su muerta. Las encontré una madrugada de 1999 fuera del claustro del barrio La Candelaria. El cuerpo de la hermana Luz Amparo, de 30 años, había aparecido en las afueras de la ciudad debajo de unos cartones. Un perro que husmeaba en los alrededores de una carretera, de la mano de un niño, había sentido el olor a carne quemada. No quedaba nada de su piel blanca, de su pelo rojo. No quedaban dedos para tomarle huellas. Pero había otros indicios anatómicos que sugerían que podía tratarse de la monja desaparecida, indicios que apuntaban como sospechosa a la hermana Leticia, que compartía su cuarto. Mi pieza se había entibiado y leyendo el caso me quedé dormida.

(Soñar, esa noche, que yo la asesino, que la sigo asesinando.)

Encontró algo, preguntó el chofer abriéndome gentil la puerta del auto en la madrugada. El muchacho apareció agitado mientras yo le contaba lo que había alcanzado a leer antes de dormirme. Asomó su cabeza crespa por mi ventana abierta para disculparse por el atraso. Me desvelé leyendo sobre las Adoratrices, dijo, y quiso saber si podía sentarse a mi lado. Resulta, dijo atropellándose, despojándose de la mochila y de lo que le quedaba de niño en el rostro, que a la monja sospechosa la absolvieron por duda, no por inocencia. Faltaban pruebas contundentes. Estaba desplegando los tecnicismos aprendidos en la lectura de la noche anterior. Pero la fiscalía no estuvo de acuerdo con ese fallo, y apeló la sentencia mientras seguían buscando evidencias incriminatorias en el cuarto que compartían las religiosas. La cosa se pone mejor, siguió el joven metiéndose los dedos en la mata de pelo negro para rascarse. El viejo asentía sin quitar la vista de la carretera. En el tercer registro que le hicieron al cuarto los expertos en criminalística encontraron manchas tenues que podían ser de sangre y algunas fibras naturales que podían ser los cabellos rojizos de la asesinada. Uno de los investigadores dijo algo que me gustó tanto, que lo anoté en mi libreta. Se la sacó del bolsillo de la chaqueta y la leyó en voz alta cuando alcanzamos el semáforo: «Todo criminal siempre deja algo en la escena del crimen e, inversamente, también algo se lleva».

(Ese olor a vela quemada, a pelo quemado. Esos pedazos de cera seca que escondía detrás de la cortina. Pero la penitencia era otra cosa, decía mi hermana, una cosa que no terminaría nunca.)

Era todo muy sensacionalista, dijo el viejo que no se había interesado por la cita del joven. Yo por eso no seguí el caso. Estaba amaneciendo y el muchacho me guiñó un ojo para indicarme que no era cierto lo que decía con tanta compostura el chofer. No se haga el santo pues, dijo, estirando un poco las as, no le creo que no supo que la fiscalía se trajo al FBI, que importó aparatos que detectan partículas de sangre, saliva y semen y otros residuos orgánicos. Y sí, seguía con entusiasmo, sacando de la mochila una caja de jugo, insertándole una pajita, sí había sangre en una pared vuelta a pintar y en un muro aledaño, había sangre también en el piso. Signos de un cuerpo que había sido arrastrado. Fragmentos de hueso en un corredor del claustro.

(Coronas de rosas blancas sobre el féretro y alrededor de su cuerpo y un coro de monjas cantando en la iglesia tras una hilera de cirios blancos.)

Eso iba relatando el joven, y el viejo asentía, y yo me pregunté si no habrían preparado esa historia para castigarme. Si el joven intentaba demostrarme que merecía su título aun cuando yo le hubiera hecho una pregunta que él no pudo contestar.

(A puerta cerrada en su pieza, frente al altar que ella había construido con sus manos, con su rosario colgado al cuello, me levantaba las mangas y dejaba caer cera caliente de sus velas encendidas sobre mis antebrazos. Me quemaba mientras le pedía a la santa de yeso que salvara a mi hermana.)

Nos dirigíamos a una mina de sal que decían estaba decorada con estatuas saladas de santos, que tenía incluso una catedral salina en su interior. Me hacía falta un café y un silencio que el muchacho no estaba dispuesto a concedernos, porque seguía narrando los detalles del crimen. Seguía diciendo que el tribunal había revocado el fallo de primera instancia que absolvía a la monja joven del asesinato de la monja vieja. Catorce años

de condena en la cárcel. Parecía que con esto el muchacho concluía, y fue entonces que yo dejé caer que no me parecía pena suficiente el traslado del claustro de las monjas a la cárcel de mujeres.

(La había agarrado de los hombros cuando me anunció que se iba al convento. Había empezado a remecerla y a gritarle. Le había dado un empujón y ella había perdido el equilibrio. Se había golpeado la cabeza contra el borde de la vereda. Había caído en un derrame masivo que no pudieron contener.)

Lo que nadie sabe es quiénes fueron sus cómplices, dijo el muchacho en un susurro que me recorrió la espalda. Lo que tampoco se sabe es por qué la mató. Ella sigue declarándose inocente.

Ricardo Cano Gaviria

(MEDELLÍN, COLOMBIA, 1946)



Foto: © Margarita Mejía.

Narrador y ensayista. Tras viajar a Francia, donde residió entre 1968 y 1969, se radicó en España en 1971. Codirigió durante varios años la recientemente desaparecida revista española *Hora de Poesía* con su esposa, Rosa Lentini, con quien fundó en 1997 Ediciones Igitur. Dentro de su amplia obra se destacan, entre otras publicaciones, *El Buitre y el Ave Fénix, Conversaciones con Mario Vargas Llosa* (ensayo y diálogo, Barcelona, 1972), *El Prytaneum* (novela, Bogotá, 1981), *Las ciento veinte jornadas de Bouvard y Pécuchet* (novela, Barcelona, 1982), *Acusados: Flaubert y Baudelaire* (Barcelona, 1984), *En busca del Moloch* (relatos, Bogotá, 1989), *El pasajero Walter Benjamin* (novela, España, 1989), *Una lección de abismo* (novela, Barcelona, 1991), *La vida en clave de sombra de José Asunción Silva* (biografía, Caracas, 1992), *El hombre que rezó a Baudelaire* (relatos, Barcelona-Bogotá, 2007) y *La carne es triste* (relatos, Colombia, 2017). Recibió el Premio Navarra de Novela 1988 (España) por *El pasajero Walter Benjamin*; y el Premio Nacional del libro Pedro Gómez Valderrama por *Una lección de abismo*. Su obra ha sido traducida al portugués, italiano, francés y alemán.

Cae la lluvia sobre Bogotá

His soul swooned slowly as he heard the snow falling faintly through the universe and faintly falling, like the descent of their last end, upon all the living and the dead.

Dubliners, James Joyce

Uno

No podía decir que la mañana del martes 25 de abril del año de gracia 2017 sus condiciones psicológicas fueran las mejores para afrontar el experimento, pero tenía buen ánimo y había tomado la decisión de cumplir con lo que se le pedía, así fuera al precio de su vida. De pie en el cruce de la Jiménez con Séptima por última vez se preguntó si hacía bien en lanzarse a la aventura solo y sin haberle dicho nada a nadie, ni siquiera a su mujer... ¿Llamarla en ese momento para confesarle que le había mentido, y no se había escapado justo ese día para pasar una mañana con su primo? ¿Y si ella llamaba a casa de este y descubría el pastel? Era un riesgo inevitable. Pero algo le decía que no podía implicarla en aquello, y mucho menos a cualquier otra persona.

A nadie, en efecto, hubiera podido transmitirle lo que él mismo creía inexplicable: que Fernando Hincapié, un amigo que suponía muerto desde hacía años, le había hecho llegar desde París, en vísperas del viaje a Bogotá, un frasco de pastillas con una carta explicativa y un detallado *mode d'emploi,* redactado por él mismo. Elaboradas en México a partir de varias fórmulas precolombinas, las pastillas, aseguraba el reaparecido, estaban avaladas por la sabiduría de los antiguos tarahumara sobre las virtudes «médicas y cosmológicas» del peyote. Pero no solo eso: también habían superado la prueba del Dr. Albert Lemoine, catedrático *première classe* de Neuropsicología Cognitiva e Investigador del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) de la Universidad de Strasbourg. Fernando, un viejo hippie que no había logrado coger el paso de la historia desde

mayo del 68, y que ahora tenía setenta y cinco años, aunque debía de creerse un jovencito, se había enterado por una entrevista que encontró en internet de sus problemas con la memoria, de los que llevaba varios años quejándose.

En cuanto a las instrucciones de uso y las recomendaciones redactadas por el voluntarioso remitente eran más o menos previsibles, salvo lo que se refería al cambio de identidad que debía producirse al final. Porque dicha mutación no tenía que ver con el expediente de recuperar una existencia anterior, o alguna otra memez por el estilo, sino con una vivencia que, a lo largo de su vida, siempre había buscado sin éxito: el tránsito del yo al él. Pensó que de algún modo era lo que todos los narradores buscaban y a lo que se acercaban a lo largo de la vida en mayor o menor grado, pero nunca de manera total. ¡Y ahora resultaba que se podía alcanzar con una pastilla, y al final de un protocolo que no brillaba precisamente por su complejidad! Pues las dos recomendaciones que lo conformaban parecían en efecto dos perogrulladas. Uno, trasladarse materialmente al escenario de los hechos a evocar (cuanto más rico en eventos es un sitio más fácil resulta la comunicación con el pasado), dos: desde ese sitio trasladarse mentalmente al pasado, en un ejercicio de concentración y autosugestión. «San Ignacio en sus ejercicios espirituales lo hubiera explicado mejor», recuerda que refunfuñó al leerlo, con una glosa despectiva: «Pero seguro que no los has leído, hippie ignorante». Y fue entonces cuando recordó la apostilla final, que hablaba del regreso y de la necesidad de encontrar el motivo para una epifanía... «¿Una epifanía a lo Joyce?», recordó, en el momento en que un bus del Transmilenio paraba a unos metros a recoger a los que esperaban.

Estaba claro, respecto a la primera recomendación, que la esquina de la Jiménez con Séptima no tenía parangón en Bogotá y posiblemente en ninguna otra ciudad de Colombia. Pues un espíritu sensible como el suyo, que vivía en un estado de potencial exacerbación (estado con probables vínculos con la vejez, que permite trasladarse a un pasado por el que se siente algún tipo de nostalgia) fácilmente podía oír en el lugar el estruendo de los disparos que, el 9 de abril de 1948, pasada la una y media del mediodía, acabaron con la vida de Jorge Eliécer Gaitán.

Casi setenta años atrás habían sonado a pocos metros del sitio en el que estaba en ese momento, que fue donde comenzó el túnel de la historia moderna de Colombia, del que apenas ahora empezaba a ver el país la salida. ¿Pero quién era él para intentar algo tan complejo como encontrar la salida al túnel del país? ¡Si ni siquiera recordaba la entrada del suyo propio –situada justo dos años antes, ya que había nacido en 1946– en el que se sentía perdido sin remedio!

—Señor, se le están cayendo los papeles... –lo sacó en ese momento de sus reflexiones una suave voz femenina–. ¿Quiere que le ayude a recogerlos?

Era una joven delgada, con tejanos. Su cara angulosa e infantil le agradó pero aún más su extraño acento, lento y como afrancesado.

—Gracias, señorita... Pero aún puedo...

—¡Ah, pero si es usted! –la oyó exclamar entonces, al reparar en su cara–. ¡Ricardo Cano Gaviria, el invitado colombiano de Bogotá Contada! Lo vi en el periódico... Nunca había oído hablar de usted... ¿Quiere que llame para que vengan a recogerlo?...

—¡Ni se le ocurra, generosa criatura!...

—¡Imagínese, yo dejé mi trabajo para colaborar con ellos hace dos años!

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad!

—Oiga, señor, se le olvidan las pastillas.

—¿Qué pastillas?...

—Mire, en el suelo, detrás de usted...

Antes de que él pudiera reaccionar, ella se agachó y cogió el frasco.

—Oh, ¡qué frasco más raro eres!... –le dijo al frasco y añadió, hojeando su etiqueta–. *Pilules Mnémosyne*. Y estas pastillas parecen piezas de ajedrez... ¡Nunca había oído hablar de ellas!

—Son para la memoria...

—Señor, tenga mucho cuidado con esta esquina... –susurró la joven de prisa, como una exhalación–. Hoy está de muy mal humor... ¡Y usted está tan pálido! ¿Quiere que llame una ambulancia?

—¡Por dios, no! No me pasa nada, gracias...

Le costó unos minutos reponerse. Agarrando con fuerza su frasco, pensó que aquella curiosa muchacha, cuya advertencia sobre el mal humor de la esquina tomó como una broma, había sido como un ángel caído del cielo. Pues las pastillas *Mnémosyne* eran, en aquel momento, la única esperanza que tenía de entregarle a sus amables anfitriones algo que no fuera una reseña de su actividad en Bogotá –¿a quién podría interesarle lo que él hiciera en Bogotá?– y de haberlas perdido nada hubiera podido salvarlo del bochorno y el fracaso...

Pero cuando buscó con la mirada a la dulce y ocurrente señorita no la vio por ningún lado. ¡Ni rastro de ella! En el reloj de San Francisco ya eran las diez y treinta y sintió que debía apresurarse. Por suerte nadie lo miraba; le hubiera resultado muy difícil explicar por qué estaba tanto rato parado en aquel sitio como un hombre que, perdido el sentido de la orientación, mira los edificios no como un turista sino como alguien que espera que ellos le revelen dónde se encuentra. O, más exactamente, como alguien que intenta ver lo ocurrido allí mismo casi setenta años atrás, el 9 de abril de 1948, y no con los ojos del niño que entonces era, sino con los ojos de ahora, los del hombre mayor. ¿Pero en realidad tenía que pasar por semejante prueba antes de seguir con su experimento?

Cerró los párpados sin mucha convicción, casi seguro de que no pasaría nada...

En un principio eso fue lo que ocurrió... Pero al cabo de casi un minuto lo que vieron sus ojos lo sumió en un estupor sin gritos ni erizamientos que sirvió de paradójico marco al sordo estruendo que avanzaba por la Séptima, como una ola lenta y dura dispuesta a arrasarlo todo a su paso. Lanzados por gentes indignadas, armadas de machetes, barras y palos, los gritos y los silbidos surcaban el humo que salía de varios lugares, el más cercano el tranvía quemado justo frente al edificio donde poco antes se había cometido el magnicidio. Improvisado pero animoso viajero en el tiempo, observó con sangre fría que la mayoría de los manifestantes no vestían como desarrapados, o gentes de baja calaña, sino como hombres de sombrero y traje que, sorprendidos en un momento de sus vidas, abandonan la rutina y toman al asalto la calle. Y ese de bigotito que iba allí, en primera línea,

vestido con chaqueta de cuero, corbata y pantalones claros, ¿no se parece a uno con barba que vio de joven en las portadas de los periódicos muchas veces?... ¡Fidel Castro! Sí, Fidel Castro en Bogotá, el 9 de abril... Fue cuando perdió de vista al joven Fidel entre la multitud que, Jiménez abajo, una estructura de varios pisos atrajo su atención. Sin nada que la protegiera, miraba desafiante hacia la montaña. Era tan solo el esqueleto de un edificio, pero un esqueleto en construcción, o sea, en vísperas de la mayor oleada destructiva que alguna vez arrasara una ciudad, un esqueleto con futuro: ¡el edificio Camacho, sede a la vuelta de unos años de la librería Buchholz!

Entonces, conmovido por la comprobación, tuvo un arranque de ternura hacia esa esquina del recuerdo que parecía tan dispuesta, en la recta final de su vida, a encarnar para él un inesperado aunque bienvenido protagonismo. Si bien, puestos a completar el juego, faltaba otro edificio de gran valor sentimental, y que solo había visitado una vez, el edificio Montserrate, situado también en la Jiménez, pero de la Séptima para arriba. En su época era la sede de *El Espectador*, en el que había encontrado la acogida benévola de don Guillermo Cano, el periódico fundado por Fidel Cano en Medellín a finales de siglo, Fidel Cano, primo de su tío abuelo, Francisco Antonio Cano.

Era así como aquella esquina lo implicaba incluso familiarmente. Por eso casi se alegró de que la furia destructiva/renovadora que había barrido de un extremo a otro Bogotá casi con la misma fuerza que el Bogotazo, arrasando edificios de gran valor arquitectónico, no se hubiera cebado en ellos, dotados, en su opinión, de un más bien relativo interés artístico e histórico. Y acaso por el mismo instinto de supervivencia que nos lleva a no mirar hacia abajo cuando cruzamos sobre un abismo, tuvo miedo de pararse a pensar en lo que ocurría dentro de su cabeza. Él, adscrito al credo de la ciencia y positivista en sus convicciones; él, que hasta ese momento no había creído que pudiera obtener ningún resultado con dicho procedimiento, no estaba preparado para un portento como ese. Por eso renunció a su curiosidad y optó por un sentimiento humano, tal vez demasiado humano: el reconocimiento. Allí había un hombre, crítico recalcitrante y amante de la ciencia, que le agradecía a su viejo amigo de París el haberlo puesto en el

camino de las pastillas *Mnémosyne*. «Ya lo ves, Ricardo», imaginó que le decía su amigo, en su rostro la alegría fanática del iluminado: «es el valor de la autosugestión... Es la fuerza más poderosa y menos utilizada que llevamos en nuestro cerebro. Ella mueve montañas... ¡Y qué decir de las montañas del recuerdo! Pero aún te falta algo, la pastilla...». Todo eso merecía que borrase por lo menos el baldón con que recordaba a su amigo, el de su extravagante llegada a la ciudad luz desde la India, hacía medio siglo, justo el día en que se libraba una batalla en las calles de la ciudad luz y aquel tuvo que correr en la vanguardia de los estudiantes, por lo que fue considerado uno de los líderes estudiantiles del movimiento. ¡Él, el máximo representante colombiano de la no violencia y del porro escapista! Y ahora estaba allí evocándolo, lleno de gratitud, por haberlo puesto en la ruta del pasado merced a su insólito regalo. «Gracias Fernando», le dijo, «ahora te doy la razón»... Acarició el frasco de pastillas de nuevo en su bolsillo y la botellita de agua.

Eran las once de la mañana según el reloj de San Francisco. Llevaba ya demasiado rato parado en el mismo sitio y pronto empezaría a llamar la atención. Pararse en las esquinas en su niñez era una actividad tan inocente como respetable, que en el barrio Manrique en que se crio practicaban sobre todo los badulaques y los cachacos de barrio para seducir a las vecinas, mas hoy en Nueva York era la actividad preferida de los camellos y mafiosos, en Moscú de los cazadores de homosexuales, y posiblemente en Bogotá de los practicantes de alguna reciente actividad delictiva que él, ausente por años de la ciudad, todavía ignoraba. Hubiera sido por eso interesante que la señorita que lo había abordado hacía unos momentos no se hubiese desentendido por completo de él...

Ocurrió entonces que, gracias al vacío que la ausencia de la joven dejó tras de sí, como un suave perfume, recordó en quién estaba pensando en el momento en que lo abordó: el prematuro individuo que era en abril del 48. Aún no había leído a Freud –pensó con una sonrisa–, pero estaba en plena fase oral, entrenándose para el Edipo y convertido ya en un espía freudiano. Se paseaba a trompicones por las habitaciones de la muy humilde morada en que se crio, con una mamá muy atractiva y una tía muy joven, su tía Luz

–uno de los pocos resquicios luminosos de su infancia– engastada en la pobreza del mundo como una joya prerrafaelita, capaz, con todo, de bañar al niño berreón con una barra de jabón Palmolive. De política no sabía más que lo que podía adivinar por las peleas entre sus padres, cuando su mamá le reprochaba a su papá, incapaz de ganarse la vida como dios manda, que un hombre tan pobre gastara tanto dinero en periódicos, y su papá se limitaba a guardar silencio. Pero fue sin duda en uno de sus periódicos donde vio por primera vez a Gaitán muerto, e incluso le parecía recordar los noticiarios de la radio, y la voz de su mamá espantada, diciendo: «¡Mataron a Gaitán!». Y no recordaba, aunque podía asegurar que había pasado así, por qué no le dio mayor importancia, sumido como estaba en sus investigaciones, ya que no había logrado responder a ninguno de los interrogantes que su corta estatura, más que su existencia, le había planteado hasta entonces; por qué su mamá mataba las cucarachas a chancletazos, de donde venían las hormigas y para qué servían las pelusas...

Por todo lo anterior, aunque tuviera línea directa con el abstraído niño que él era entonces para preguntarle su opinión sobre el 9 de abril, haría mal en concederle el crédito que sí le debería conceder a otras personas que presenciaron los hechos en primera línea. Una de ellas era Gabriel García Márquez, que ese día estaba alojado en una pensión cerca de *El Tiempo*, otro: otro el estudiante Fidel Castro, que justo tenía cita con el asesinado una hora más tarde. Y aquí, precisamente, se podía apreciar la importancia de un procedimiento como el de las pastillas *Mnémosyne*, que prometía resultados absolutamente fiables, protegidos contra esa memoria distorsionante que, según Freud, registra los recuerdos de forma interesada y no tal como de verdad ocurrieron.

Tras esta última divagación su instinto le dijo que ya era suficiente. Una sola muestra, ¡pero qué muestra!, del poder autosugestivo de la memoria debía bastar como preparación. Miró de nuevo hacia el reloj de San Francisco: las once menos cinco. Sin duda había llegado el momento de pasar a la siguiente fase. Entonces se puso en cuclillas junto a la farola, dejó sus papeles en el suelo y abrió el frasco. Con sumo cuidado extrajo una pastilla, se la puso entre los dientes, tomó dos sorbos de agua y tragó.

Esperó unos segundos, sin levantarse, con los párpados cerrados, los ojos dirigidos hacia el antiguo edificio de la Buchholz...

De pronto su corazón latió con fuerza, aceleradamente, como le pasaba cuando en sus viajes en avión llegaba el momento del aterrizaje...

Dos

Alguien le zarandeó el hombro y abrió los ojos.

A unos quince metros en frente suyo se erguía el edificio de la Buchholz, forrado de arriba a abajo por ventanas de cristal, simples rectángulos brillantes en los pisos más altos y tupidas colmenas de libros en los más bajos. Lo miró intrigado y admirado al tiempo, como si lo viera por primera vez.

—Levántese, Ricardo, que viene el Sr. Buchholz... –la voz de Aurita le impidió buscar una respuesta.

Había salido, extrañada de verlo sentado en la acera...

Sabía, porque no le costaba nada imaginárselo, que unos metros más allá, a sus espaldas, el Sr. Buchholz, un hombre alto y vigoroso, de tez rosada y copioso cabello blanco, continuaba bajando por la Jiménez a pasitos cortos pero rápidos, con la cabeza erguida, una sonrisa en los labios y la melena blanca ondeando al viento suave que soplaba en ese momento. El señor Buchholz, que el día anterior lo había reprendido en presencia de Aurita...

—Dese prisa, Ricardito, si no quiere que lo encuentre ahí... –repitió ella, como en un sueño–. ¡Acuérdese de ayer!

La expresión de su cara, al mirar con angustia tan pronto hacia la Jiménez, tan pronto hacia el suelo, donde se hallaba él, casi lo conmovió. Era la cara de una buena chica de pueblo, ¡alguien que acababa de conocerlo y ya sufría por él! Y encima lo llamaba Ricardito... Un abuso de confianza sin duda, pero un abuso que no le disgustó. ¿Por qué aún se sentía tan solo?

No, nadie le había explicado nada, pensó que tendría que haberle dicho al viejo el día anterior. Y que, por eso, creyendo que su papel era solo el de vender libros y envolverlos, ese día se había puesto a leer el periódico hacia

las once de la mañana. No había ningún cliente, Aurita se había ido al sótano para decirle algo sobre un libro de psicología a doña Margarita, ¿y qué mejor cosa que leer el periódico cuando uno monta guardia solo a la entrada de una librería? Fatal equivocación. De ella lo sacó abruptamente el viejo cuando al llegar por sorpresa a la librería y verlo parado, se le acercó y lo regañó... «Aquí siempre se hace algo, Ricardo... Ricardo, ¡cuánto polvo tienen los libros!, usted se pone por favor a limpiar polvo...».

El polvo que entraba por la puerta, básicamente, era porque aquel raro edificio, expuesto a todas las miradas, no tenía ventanas en ninguno de sus ocho pisos; mejor dicho, las ventanas que tenía permanecían casi siempre cerradas. Por eso más que el polvo era la luz lo que entraba, a veces tórridamente, dorando las cubiertas especialmente en los pisos superiores.

De pronto tuvo como un presentimiento y se puso de pie de un salto, entrando en la librería justo en el momento en que el viejo Buchholz, con unos papeles empuñados sobre el pecho, dejaba atrás el quiosco frente a la librería y pisaba la acera. No se percató del hombre que cruzó la puerta antes que él, como un fantasma. Con una sonrisa maliciosa en los labios, Aurita corrió a contestar al teléfono, mientras él simulaba repasar algo en la sección de literatura. Alguien había preguntado por *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella, pero no estaba en G sino en la M... «Vaya con el libraco», pensó, «¿por qué se venderá tanto?». Le hubiera gustado que Nicolás le hiciera una broma sobre ese libro, él, que siempre tenía un comentario irónico, que soltaba con una sonrisa maliciosa y el sonido arrastrado de una carcajada semejante a una letanía. A lo mejor alguna vez pensó que no era justo que tales libros se vendieran tanto, cuando muy poca gente preguntaba por *La hojarasca*, o *La mala hora*, y qué decir de *El coronel no tiene quien le escriba*, cuyo autor también estaba en la G, y del que uno de los jóvenes frecuentadores de la librería había traído un ejemplar en francés, *Rien de lettre pour le colonel*, que enseñaba con orgullo, explicando: «Miren, ya lo leen en Francia».

—Nicolás, ¿dónde está Nicolás? –preguntó el viejo Buchholz a Aurita en ese momento...

—Arriba, señor, seleccionando unos libros de arquitectura para las vitrinas...

El viejo se llevó la mano al mentón, murmuró: «¡Pero mañana no es día de vitrinas!». Con aire suspicaz se acercó a la de la derecha, una de la tres que daban hacia la Jiménez, dedicada a la historia reciente de Colombia, y al mirar por entre los cristales hizo una mueca de disgusto.

—Mire, se ha caído un libro... ¡Y hay mucho polvo dentro!

El viejo no tuvo que decir nada más, pues al punto estuvo él, con el trapo comepolvo en la mano, abriendo el porticón por el que se accedía a la vitrina. El libro que se había caído era uno de los dos tomos de *Historia de la violencia en Colombia,* de Orlando Fals Borda, y tenía las tapas cuarteadas por el sol. Lo levantó con cuidado, le quitó el polvo y, antes de reacomodarlo, hizo lo mismo con las dos hileras de libros acostados unos sobre otros, de modo que solo se tapasen una franja en la parte inferior. Sabía por intuición que al Sr. Buchholz no le importaba que fuera uno u otro el que destacara, porque lo que él quería era que se vendieran, y aún no había tenido tiempo de preguntarse cuál era su credo político, si bien intuía (porque se olía en el ambiente) que no le gustaban los comunistas, y hasta lo había oído declarar que había dejado Alemania huyendo del comunismo, cuando tal vez hubiera debido decir nazismo...

Cuando terminó de arreglar la vitrina, el viejo ya no estaba junto a él. De pie en su rincón (marcado por una especie de facistol que había en el lado izquierdo conforme se entraba en la librería), le explicaba algo a Nicolás, quien escuchaba atento. A falta de un cuarto de oficina, ese rincón era el lugar del capitán, el sitio donde el viejo firmaba sus cheques y atendía llamadas importantes, y, cuando aquel no estaba, el segundo de a bordo, Nicolás, regentaba la librería, corregía las pruebas de la revista, daba instrucciones, hacía pedidos, atendía las visitas de los asiduos o se entregaba a sus charlas hilarantes con alguna otra persona que pudiese seguirle la corriente. Porque por allí había visto ya pasar a varios visitantes/conversadores cuyas identidades fue descubriendo poco a poco: Ernesto Volkening, Hernando Valencia Goelkel, José Pubén, el anterior responsable de la librería, al que Nicolás había sustituido. Acerca de un

señor no tan conversador como aquellos, con abrigo y sombrero, que prefería rebuscar durante horas en las estanterías, y que al comienzo supuso que era algún abuelo aficionado a la lectura, tuvo el día anterior la grata sorpresa de descubrir que era el poeta Aurelio Arturo... Y de un señor con sombrero –pero esta vez de pluma– y con nariz de cuervo, que apenas si lo miró, supo que era el ensayista Rafael Gutiérrez Girardot. Otro señor muy alto y canoso con bigote resultó ser el etnólogo alemán Reicher Dolmatoff... y otro etnólogo, menos distante, el francés Robert Jaulin, que acaba de publicar *La mort Sara*. Y otro frecuentador de bigote, Antonio Montaña, se apareció una mañana con un mexicano llamado Fernando del Paso que acababa de publicar *José Trigo*. O aquel argentino con cuyas novelas y ensayos Nicolás armó una vitrina, H. A. Murena, que ese día, al anochecer, dio una multitudinaria conferencia en la biblioteca *Luis Ángel Arango* tanto más aplaudida cuando que nadie entendió ni jota. Y así, había pasado ya un montón de gente, incluidos sus tres amigos escritores de Medellín, Óscar Collazos, Darío Ruiz y Elkin Restrepo...

Pero esa mañana, mientras él se dedicaba a bajar los pesados libros que Nicolás le había dejado en el cuarto piso, no había venido ninguno de ellos. Solo unas mujeres que, al filo de las doce, preguntaron por *El tercer ojo* de Lobsang Rampa, y una muchacha con aspecto de secretaria que poco después preguntó por *El valle de las muñecas,* de Jacqueline Susan. Como era el tipo de libro que ella ya sabía dónde se encontraba –y ocurría así con más de la mitad de lo que se vendía en la librería–, de estas clientas se encargó Aurita sin ayuda de nadie. Cuando se trataba de un libro difícil, la muchacha le preguntaba a Nicolás, que indicaba el piso, para que otro fuera a buscarlo, o a él, que todavía no era tan competente como el segundo de a bordo, pero aprendía a pasos acelerados. Aunque para Aurita él, el recién llegado, al que a veces se permitía el lujo de dar órdenes, tenía una ventaja sobre Nicolás: iba a buscar él mismo el libro en cuestión. El único peligro era que tardase demasiado en volver... Pues era en los pisos superiores, habitados por las humanidades (en el cuarto arquitectura y arte, en el quinto sociología, antropología e historia, y en los otros crítica literaria y literatura en general, con los fondos que no se podían tener abajo) donde ocurrían las

cosas más imprevistas y, casi siempre, más interesantes. Encuentros inesperados con autores de culto, o con títulos desaparecidos o agotados. Ya había visto aparecer un ejemplar de *Las voces del silencio*, de Malraux, o unos tomos amarillos firmados todos por Marcel Proust...

Pero aquella mañana tan rara no había venido nadie interesante, ni tampoco él había sido enviado arriba a buscar nada. Y podía decirse que había llegado uno de esos puntos muertos en la rutina del día que Nicolás aprovechaba para ajustarse el saco, dar unos pasitos, y volver sin más a su andadura de cachaco. Si él estaba también abajo, se le acercaba, lo miraba y le mostraba sus ganas de ejercer sus dotes de mamagallista culto y refinado. En ese sentido, el muchacho silencioso que había entrado a trabajar en la librería hacía unos meses, y al que se permitía quedarse en el edificio al mediodía, ya que no tenía tiempo de ir y volver hasta su buhardilla en Teusaquillo junto a la Nacional, se había dado cuenta muy rápidamente, no sin sorpresa, del poder que tenía sobre su jefe inmediato, al cual le resultaba muy difícil ocultar sus preferencias. Recordó que el día anterior, cuando se acercaba la hora del cierre, y aparecieron algunos de los visitantes del atardecer (en ese caso la crítica de arte Marta Traba y el arquitecto Martínez con su joven protegido) Nicolás lo invitó a ir con ellos a El Cisne, donde las charlas intelectuales y literarias alcanzaban un clímax espectacular, y él le dijo que no podía... Hubiera querido ir, pero sintió miedo. Le hubiera gustado ver a algún nadaísta –aunque el hombre de la llama, que era el que más lo intrigaba, no frecuentaba ese lugar... El único al que había visto en vivo y no en fotografías, era a Jotamario, que, muy orgulloso de su pelo largo, iba con frecuencia a mamar gallo a la librería. Por lo demás, solo se sentía capaz de ir a El Cisne como simple espectador. Presentarse allí en el grupo capitaneado por Nicolás significaba de algún modo pasar a ser actor, participando en una representación cuyo alcance se le escapaba.

Iba a anunciar que iría un momento a comprar su almuerzo, pero aún no había acabado la frase cuando un tipo salió a toda prisa del ascensor. Doblado hacia adelante, apenas si levantó los ojos para mirarlos al pasar junto a ellos...

Muy rápidamente, Nicolás intercambió una mirada con Aurita, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió tras el individuo. Después ella lo miró a él con curiosidad, como si se preguntara si había entendido y, aunque con los ojos no le transmitió ningún gesto de alarma, él salió también...

¡Sí, había entendido! Y un sentimiento ambiguo, de curiosidad y solidaridad a la vez, lo empujó a actuar.

Jiménez abajo, perseguido y perseguidor pasaron por entre los vendedores de ostras que atendían a sus clientes o pregonaban su mercancía apostados en la acera, de vagos que en las esquinas papaban moscas o leían el periódico, de emboladores al acecho de los hombres trajeados que circulaban con aire distraído, mientras él pensaba que no debía alcanzar al segundo para no entorpecer su labor. En cuanto al primero, tuvo tiempo de observar que era delgado y llevaba en sí –en su forma de caminar, mantener la cabeza gacha y avanzar por la calle como un ectoplasma, sin mirar a nadie– el estigma del ladrón. Su perseguidor, por contraste, no había perdido en la situación el empaque del cachaco barbudo, con figura de tribuno, que, sin arredrarse ante un tipo más joven y ágil que él, se enfrentaba solo al peligro para defender los intereses de su patrón. ¡Aunque no tenía ninguna certeza de que el ladrón, que debía estar temblando de miedo, quisiera, o incluso pudiera, defenderse como una fiera acosada!... Y fue así como, sin saber de parte de quién estaba –si del cachaco que defendía la propiedad ajena, o del ladrón que parecía un alma en pena evadida del purgatorio–, en un momento dado, en una especie de imaginario fogonazo, vio al perseguidor tendido en el suelo por una puñalada traicionera, y casi se supo corriendo en ayuda de su amigo, pero de inmediato rechazó la imagen y se dijo, no, ¡imposible! Un sentimiento muy oscuro, casi inconfesable, lo inclinaba a pensar que un ladrón de libros no era un vulgar delincuente, sino alguien que amaba los libros hasta el punto de exponerse a robarlos, de dar la vida por ellos. A no ser que se tratase de un ladrón que ya estuviera fichado, y al que Aurita y Nicolás ya conocieran, ellos, que habían intercambiado aquella mirada de complicidad...

Por un momento perdió de vista al perseguidor y tuvo que pasar a un trote lento para alcanzarlo, en el momento de cruzar la novena. Se preguntó

extrañado por qué no actuaba, y casi enseguida se respondió él mismo que simplemente esperaba a que el perseguido se sacara el libro o los libros del lugar de su cuerpo donde los escondía –el sobaco sin duda, habida cuenta de su caminar escorado–, y si no lo había hecho era porque sabía que lo seguían, y hasta era posible que se hubiese dado cuenta de que no eran uno sino dos los que lo hacían, porque cuando uno está en una situación como esa tiene ojos en la espalda y es como si viera con un tercer ojo...

Sí, un tercer ojo era lo que él necesitaba calle abajo para anticiparse a lo que tenía que ocurrir, pero no fue necesario. En el sitio menos transitado, una especie de claro del bosque, Nicolás actuó por sorpresa, con una rapidez desconcertante, porque él solo tuvo tiempo de ver la mano del perseguidor posarse sobre el hombro del perseguido, a este girar sobre sí como una peonza, y al libro aparecer en la mano del primero, que labor cumplida emprendió el regreso como si tal...

¡Como en una sesión de magia, y sin llamar apenas la atención!

Sin volver del todo de su asombro, no deshizo el camino por la Jiménez como su compañero sino que, evitando ser visto por él, subió por la calle Quince hasta la Octava, donde solía abastecerse a esa hora del día: el obligado kumis, varios ponqués y tres empanadas aún calientes.

Cuando Nicolás cerró la librería un poco más tarde, lo miró con una sonrisa, y le dijo en el momento de despedirse: «Pórtese bien, Ricardito...» ¿De modo que no se le había escapado que esa mañana Aurita lo había llamado de esa manera, y quería hacerlo rabiar? ¡Era bien curioso ese tipo! Aunque en realidad lo de «pórtese bien», pensó, debía ser simplemente un llamado de atención destinado a ocultar una situación anormal en todo sentido, como era la de dejar a alguien encerrado en la librería más grande de Bogotá a la hora del almuerzo, alguien que no podía salir ni entrar, y que tampoco podía tener la responsabilidad de una llave. Todo porque él, en el lapso de dos horas, no tenía tiempo de ir y volver hasta su gallinero de Teusaquillo, junto a la Nacional –una habitación desguarnecida en un patio solitario al final de una casa habitada por una viuda–, y, por otro lado, le resultaba muy deprimente quedarse caminando por los alrededores. Menos

mal que, consultado por Nicolás, el viejo Buchholz había accedido, al menos hasta que se encontrase otra solución, a que se quedase al mediodía en la librería.

Subió lentamente la escalera hacia el mezanine con la bolsa de papel en la mano. Una vez arriba, sacó una empanada y empezó a mordisquearla mientras miraba hacia afuera a través de un hueco entre las estanterías. El día se había oscurecido de repente y allá al fondo, por encima de los edificios, la montaña ofrecía un aire torvo, ajeno al alegre ajetreo de los autos y buses que subían y bajaban por la avenida, o que allá al fondo cruzaban la Séptima.

Entonces, al mirar los libros de bolsillo en inglés y alemán, se acordó de los dos vistosos tomitos en español que había encontrado en el quinto, o tal vez en el sexto piso, tres días antes, de la colección Mirasol: *El sonido y la furia*, de Faulkner, y *Gente de Dublín*, de Joyce –del que solo había leído entonces *Retrato del artista adolescente*–. Recordaba que inmediatamente había empezado a leer el segundo por el final, el relato, «Los muertos», sobre el baile anual de las Morkan, y que luego había tenido que interrumpir por algún motivo, dejando los dos libritos escondidos en algún sitio... ¿Pero dónde?

Volvió a la escalera y continuó subiendo, camino del segundo piso sin que nada llamara su atención... Fue solo al llegar al tercero cuando algo lo hizo estirar la cabeza para enfocar el triángulo de luz de la calle que se veía desde allí. El sol había desaparecido, y sobre la capital gravitaban unas nubes ceñudas que parecían dispuestas a descargar su ira sobre ella de un momento a otro. Pensó que, sometida a la influencia de nubes como esas, Bogotá no podía tener más que un carácter atrabiliario, tan pronto iluminada y sonriente como meditabunda y sombría, tan pronto mohína y oscura como ligera y vaporosa. ¡Se trataba de una ciudad secuestrada por sus nubes, que se paseaban por su cielo como Pedro por su casa, resolviendo sus diferencias a golpe de truenos y aguaceros! ¡Y eso que de los dioses clásicos, que como se sabe no perdían ocasión de participar en las

guerras de los humanos, no había ni rastro en la antigua Atenas sudamericana!

No se exponía nada en ese momento en ese piso, el de las exposiciones –sin duda el menos frecuentado por los seis empleados de la librería–, pero de los paneles solitarios colgaban algunos marcos vacíos que llevaban aún la etiqueta con el nombre de cuadros a los que habían servido, de Guillermo Wiedemann y de Han Trier sobre todo. Y, al percatarse de que empezaba a llover, se acercó a la cristalera para ver mejor cómo allá afuera algunas personas corrían a guarecerse, a la izquierda, en los portales del Palacio de San Francisco y, a la derecha, en los del Ministerio de Agricultura, mientras por la Séptima seguían pasando los vehículos.

Debía de ser así como en la antigua Roma el público de los circos contemplaba a las fieras que irrumpían en la arena tras los pobres cristianos. ¡Pero hacía tanto tiempo de eso! ¡Y los cristianos ahora eran tan variados! Mirándolos desde allí uno podía percatarse, por ejemplo, de que se dividían en dos categorías, los que llevaban paraguas, casi siempre negro e impecable, y por lo general puntiagudo, y los que no... Como mucho estos se protegían con un chubasquero transparente, y eran expertos en correr para guarecerse en los dinteles y las esquinas. A la primera especie pertenecían los propietarios y los jefes de sección, a la segunda los empleados, las secretarias y los ladrones de libros, como el que había sido aleccionado por Nicolás esa mañana. ¿Pero era Nicolás un jefe de sección?

Abstraído, empezó a comerse la segunda empanada, fría ya. Sabía a aceite rancio y la masa estaba acartonada; se prometió lo que ya se había prometido en otras ocasiones, que no volvería a pedir empanadas ya que prefería los tamales. El problema era –como había podido comprobar en los últimos días– que los tamales se acababan antes, y se juró ir más temprano la próxima vez.

Pero he aquí que la lluvia pareció amainar afuera, y, recordando los libros que tenía que encontrar, continuó el ascenso...

«No, Nicolás no era un jefe de sección», se dijo. Era más bien un tipo que se ganaba la vida como tantos otros, y tenía que responder ante el

dueño de la librería. Era evidente que no podía permitir que entre los lectores sin recursos, y peor aun entre los que robaban libros para vender, se propagara la idea de que entrar en la Buchholz por un libro era coser y cantar. Y, bien pensado, había procedido de la mejor manera. Seguro de sí mismo, decidido, diríase incluso elegante en su manera de actuar. Solo había que ver cómo había esperado el momento más adecuado, y cómo había rescatado el libro sin escándalo ni ostentación. Porque otro hubiera llamado a la policía, o hubiese contado con la asistencia de algún matón que hubiese arrastrado al delincuente de nuevo hasta la librería para darle una golpiza, como decían los expertos que ocurría en ciertas librerías de París.

No podía ocultar que estaba dispuesto a encontrarle a Nicolás, con el que al comienzo había tenido algún roce, por cosas que no había sabido explicarle oportunamente, y al que todavía no consideraba su amigo, las mejores disculpas, convirtiendo sus defectos en cualidades. Y tampoco que, en el fondo, se alegraba de tenerlo como jefe, pues desde la tarde en que lo vio aparecer en el trabajo con aquella ridícula máquina de escribir, con varias teclas rotas, que había comprado por veinte pesos, todo fue sobre ruedas. Aquello debió conmover a su compañero, que –él se daba cuenta con claridad– lo trataba con aire protector, como si, más que descrestarlo, buscara servirle de ejemplo. Y la simbiosis que en tan poco tiempo había empezado a tejerse entre los dos había hecho posible la complicidad de esos intercambios breves en que Nicolás comentaba un hecho reciente, o un autor, o una cita literaria, tocados siempre por la ironía o el humor. Pues estaba claro que esa clase de conversaciones no se podían tener con cualquiera. Aurita, por poner un ejemplo, no hubiese entendido del todo las bromas, que en ocasiones tenían un fondo literario, y hubiese reído de una forma obligada, desviando los ojos para ocultar que no había entendido.

Estaba ya en el cuarto piso cuando le pareció escuchar por algún lado la risa de Nicolás... ¿dónde la había aprendido? Nunca se lo preguntó. Como tampoco nunca le había preguntado a Pacho Posada, que lo recomendó al Sr. Buchholz, o a Estanislao Zuleta, maestro de los freudo-sartro-marxistas, en cuya órbita giraban aún él y su amigo Néstor, como lejanos satélites, dónde habían aprendido su seriedad. «La risa no se aprende, Ricardo»,

escuchó que le decía Nicolás, «La risa, incluida la anglosajona risa del gato de Cheshire, se trae consigo...». «¿Pero de dónde?», le hubiera gustado insistir y también comentarle que su problema era que nunca encontrara el camino hacia la risa o la seriedad a tiempo, sino más tarde, cuando el momento ya había pasado. Y que por eso había adquirido fama de raro, pues solía ocurrir que captaba los chistes tarde, a veces con años de retraso, lo cual resultaba muy embarazoso. Lo supo el día en que estando en misa entendió un chiste de una semana antes y tuvo tal ataque de risa que el hermano Antonio le puso varios puntos negros y lo arrestó una tarde del sábado por reírse en pleno himno de San Juan Bautista de la Salle. Por eso envidiaba a Nicolás, que estaba tan bien sincronizado... Con todo, no había que exagerar. Pues él ahora no estaba captando a destiempo ningún chiste, sino pensando en su vida y en sus experiencias de aquella mañana...

Porque, ¡cuántas actividades relacionadas con los libros! Hasta entonces solo los había conocido desde la dimensión del lector que los ama, los colecciona y los lee. Ahora lo hacía desde la dimensión del librero que los busca cuando se han extraviado, como ocurría en ese momento con esos dos libritos de la colección Mirasol, o les quita el polvo (la letra con sangre entra), o los clasifica en montones separados, o los transporta de un piso a otro, o los envuelve para regalo (¡y qué paquetes más perfectos le había enseñado a hacer Aurita!), o les actualiza el precio, o los recomienda por teléfono... ¡Y también, por qué no –si se presenta la oportunidad, y esta llega aureolada moralmente– de quien es capaz de robarlos en su propio trabajo!

Lo había aprendido allí, gracias al público de la librería, compuesto principalmente de compradores potenciales, conversadores y ladrones de libros. A los primeros había que atenderlos de la mejor manera, servirles los libros si estaban y dejarlos encargados si no. A los segundos había que entretenerlos si tenían una relación con la librería o con la revista *Eco*, de lo que se ocupaba principalmente Nicolás, o soportarlos cuando eran simples mamagallistas. Solo los terceros, que carecían de estatus, si bien estaban muy organizados, resultaban problemáticos. Comenzó a descubrirlo cuando

algunos estudiantes de la Nacional, que incluso lo habían evitado cuando intentaba sobrevivir haciéndose pasar por uno de ellos, empezaron a hacerse amigos suyos. Venían a la librería dizque a visitarlo, y al cabo de muy poco le soltaban la propuesta: «No quieres que te saque algún libro?». Comprendió la gravedad del asunto cuando uno de ellos lo amenazó con chantajearlo si no pactaba con él el robo de cuatro libros, incluida la *Teoría general del derecho* de Kelsen. Estuvo a punto de llegar a las manos. Tanto lo indignó aquel enano cabezudo, con vocación de chantajista, lo más bajo que había conocido desde que descubrió el mundo de los ladrones de libros. ¡Y pensar que con el tiempo aquel aprendiz de leguleyo podía llegar a ministro de Justicia!

Eran las cosas a las que alguien tan ingenuo como él tenía que enfrentarse en la vida. Y nadie sospechó lo que arriesgaba cuando le plantó cara al chantajista, que por suerte no volvió a pasar por la librería. A lo mejor se dio cuenta de que el muchacho novato de la Buchholz, aunque no lo pareciera, formaba parte de una hermandad que tenía unos principios. Y es que, en efecto, uno podía pactar el robo de un libro, pero de tres o cuatro era un abuso. Como lo era también el servicio clandestino de libros robados que prestaban aquellos que hurtaban a mitad de precio libros para otro incapaz de hacerlo.

¡Pero cuánto tardaba en llegar a su meta!

Era ya el sexto piso, seguía lloviendo y ni rastro de los libros. No sin cierta crispación, miró su bolsa con los ponqués y el kumis, y pensó que era mejor liquidarlos arriba cuando hubiera logrado encontrar lo que buscaba, ¿pero dónde diablos los había puesto? Casi lamentó no haber bajado en su momento los dos tomitos al primer piso para dejarlos en reserva, en vez de esconderlos en cualquier sitio como si planeara robarlos. Sea como fuere, no debían andar muy lejos... Pues se hallaba en la zona en la que más descubrimientos había hecho en los últimos días. Por allí había encontrado aquellos ejemplares olvidados de Camus y había topado con uno de *Carta sobre el humanismo* de Sartre, por allí andaba tras la pista del *Breviario de estética* de Benedetto Croce. ¡Y los dos tomos de *El segundo sexo*, de

Simone de Beauvoir, por los que un día ella le preguntó! Sin embargo, todas estas obras pertenecían a la fase humanística, la fase freudo-sartro-marxista, que se iba quedando lentamente atrás y en la que la literatura mayor no disfrutaba del predicamento que merecía. Ah, pero al menos sabía ya que había una literatura mayor en la que no estaban las novelas de Sartre ni las de Simone de Beauvoir, y posiblemente ni siquiera las de Camus y Malraux... Pues allí, en aquel santuario, uno se daba de bruces con lo absoluto. Era lo que se sentía cuando se leía a Faulkner y a Joyce y a Kafka y a Proust...

Lástima que ella no lo secundó cuando se lo sugirió intentando averiguar si iba ya tras esa pista, ella, la lectora de Hesse y de Sartre, ella, que dirigía un suplemento literario y parecía tan bien instalada en el futuro, ¡pues era una mujer del futuro!

No como aquel pobre hombre que, allá arriba, seguía sentado en el suelo en la esquina de la Jiménez con Séptima. La viva imagen de un ser del pasado, solo en medio de la lluvia, junto al poste de la farola, mientras a su alrededor circulaban los autos y los camiones, y la lluvia restallaba sobre el asfalto. Lo contempló durante unos segundos con lástima y extrañeza y cuando iba a proseguir el ascenso reparó en la pila de aquel libro sobre Dante, una antología de ensayos publicada por Taurus para conmemorar el séptimo centenario del autor, del cual se acumulaban allí los ejemplares. Había sido sin duda un error del viejo Buchholz quedarse con tantos, aunque en muchos casos la librería también hacía de distribuidora y nutría con sus fondos la librería de Chapinero, más pequeña. ¿Pero a quiénes podía interesar en Bogotá tantos ejemplares? De todos modos, él ya tenía el suyo a buen recaudo, pues si bien aún no había leído la *Divina comedia* (¡todavía era un loco estepario en su propio círculo del infierno!), estaba decidido que algún día lo haría... Entonces el futuro era para él, entre otras cosas, un largo camino hacia el infinito jalonado de estanterías de libros por leer, o por expropiar, como aquel tomito traducido por H. A. Murena que acababa de llegar de la Argentina, *Ensayos escogidos* de Walter Benjamin, un filósofo que se había suicidado en la frontera española, y fue en ese momento que recordó dónde había dejado los dos títulos, ¡justo allí al lado,

en un hueco, junto al librito de Benjamin y el ensayo de Richard Ellmann sobre Joyce!

¡Allí estaba el montoncito de libros, como la reserva de una ardilla que guarda nueces para el invierno, o simplemente para el futuro, si es que una ardilla sabe lo que es el futuro, cuando incluso él a veces dudaba de lo que era, o dónde comenzaba!

¿Comenzaba el suyo cuando hubiese llegado al piso séptimo, o cuando aquella muchacha volviera a buscarlo?

Tres

Buena pregunta: ¿dónde comenzaba el futuro? ¿Donde el presente se diluía y parecía lanzarse por un despeñadero?

Abrió mucho los ojos sorprendido de no haberlo pensado antes. He ahí cómo esa tarde de lluvia, presidida por la imagen del ladrón de libros cazado un rato antes, y ahora por la de aquel hombre allá arriba en medio de la lluvia, la intermitente visitante de la Buchholz adquiría para él un interés repentino.

Pero no, lo más seguro es que esa tarde ella no vendría a la librería, no debía hacerse ilusiones. Porque ni siquiera estaba claro si venía a visitarlo a él y no a Nicolás... De hecho lo hacía como quien no quiere la cosa, bien para saludar a Nicolás, bien para preguntar por un libro, y muy secundariamente para saludarlo a él, el tipo recién llegado de Medellín que quería ser escritor. Y el día en que lo hizo acompañada por aquel muchacho alto, elegante y exquisito, que hablaba exquisitamente, llamado Juan Gustavo, al punto sintió celos de él, pues creyó que era su novio. ¡Mejor vestido que él, con el aire de no haber matado una mosca en su vida, y para colmo más alto! Lo suficiente como para que lo mirase ya con suspicacia... ¡y más si resultaba, como se enteró luego, que ellos compartían ya ciertas actividades!

Pero si ella tenía ya un preferido, ¿entonces para qué venía a visitarlo?

Y, peor aún, ¿por qué lo había llevado aquel día a su casa?

Con el pretexto de que tenía que hacer no sé qué encargo, lo hizo entrar; fue cosa de unos minutos, apenas el tiempo suficiente para que pudiera darse cuenta del lujo, y para que viera por unos segundos a su viejo, que ella le presentó con las palabras «Mi papá». Gracias a que el hombre apenas lo miró, él pudo por un instante fijarse en su cara redonda, calva y con un aire mestizo, el rostro tantas veces visto en los suplementos, el de uno de los poetas más leídos de Colombia, el autor de «Teresa, en cuya frente el cielo empieza». Pero, a decir verdad, el viejo no lo impresionó... ¡E incluso se preguntó, con una mezcla de sorpresa y culpabilidad, cómo podía tener ella un papá tan feo, calvo y antipático!

No iba pues por el buen camino su amiga si lo que buscaba era impresionarlo. Sin embargo, con una especie de sobrecogida presciencia, se dejó llevar por ella hasta el solemne carro del papá, un carro silencioso, mullido e íntimo, con chofer adosado, rumbo al periódico *El Siglo*. Allí iban los dos en el asiento trasero sin apenas hablar, mientras él la miraba por el rabillo del ojo, sin saber si sentirse importante, impresionado, o estimulado, así ella solo viera en él a un posible colaborador del suplemento literario que dirigía con solo 22 años de edad, un suplemento paradójicamente titulado «Vanguardia», en uno de los periódicos más retaguardistas de Colombia, en el que Laureano Gómez, el más encarnizado propagador de la guerra civil en el país, había defendido a Hitler en plena guerra mundial y conspirado contra el presidente Alfonso López. Un periódico que había sido quemado y dinamitado por la gente de los Ferrocarriles Nacionales el 9 de abril del 48, y reconstruido en el mismo lugar pocos años después.

Ya en el edificio ella lo llevó antes que nada al taller, situado en el primer piso, donde en ese momento la rotativa dormía como una oruga gigante atendida por dos cuidadores que la revisaban y aceitaban, y luego lo paseó por las oficinas del periódico, vacías ya a esa hora de la tarde.

¡De modo que Néstor tenía razón!

¿Ocurría exactamente como entre aquellas especies de aves en la que el macho impresiona a la hembra con sus plumas?

Solo que en este caso el macho era la hembra, ¡los roles estaban invertidos!

Justamente ahí estaba la clave del asunto... Cuántas rarezas en el género humano, ¡y eso que apenas estaba empezando a conocerlas! Un hombre femenino ante una mujer sospechosa de masculinidad, para decirlo en el lenguaje de Néstor y de los psicoanalistas silvestres, es decir: un hombre que era casi un invertido...

¡Como el mediano de sus hermanos le había deslizado malignamente una vez!

Sí, ahí estaba el meollo del asunto... ¡Un hombre femenino ante una mujer masculina!

Porque era un hecho indiscutible que se sentía estupendamente en el papel de hombre femenino. Si hasta había fichado aquella frase de Michelet, encontrada en *Michelet par lui-même* de Roland Barthes, su más reciente amor literario: «Soy un hombre completo al tener los dos sexos del espíritu...». Invocaba siempre que podía la cita, que para él era una especie de lema personal del que se sentía muy orgulloso, y que le evitaba entrar en detalles que le hubiera quedado muy difícil explicar sin provocar sonrisas o miradas de malicia, en un país donde llevar el pelo largo, a lo hippie, todavía hacía que le gritaran a uno por la calle «mariquita».

Iba pues muy satisfecho en el solemne auto, pensando que era estupendo ser un hombre femenino y que las mujeres masculinas eran el mejor invento de la civilización. Siempre se había sentido estimulado de forma secreta por ellas, por las mujeres tocadas por el hálito creativo que tornaba tan atractivas a las que no eran bellas y elevaba a las que sí lo eran hasta un ápice de perfección celestial donde él perdía el control de sí mismo.

Pues, qué duda cabía, lo más bello en ellas era la capacidad de hacer cosas consideradas masculinas. ¡Despreciaba tanto a las que solo pensaban en casarse, tener hijos y ser amas de casa! En cambio, cómo admiraba a las que soñaban con escribir y recitar poesía, ser novelistas, trapecistas, domadoras, bailarinas, actrices, conductoras de buses, pilotos de avión o ladronas de libros.

¡Todo eso podían hacerlo con sus manos, sus manos tan pequeñas y femeninas, y llevando las uñas pintadas!

¡Ah, sus pequeñas y delicadas manos!

Cuatro

En una especie de *raptus*, le atrapó por sorpresa la mano a su acompañante y se la besó...

Fue un beso furtivo y culpable, dado con toda alevosía, un beso que convertía aquella mano pequeña y decidida, que ella no le hurtó, en un *corpus delicti*, y a él mismo en un delincuente, en alguien que aceptaba presentarse como un reo ante un juez implacable. Si le hubiera besado la mano a plena luz del día, delante de la gente, o simulando una broma, no hubiera tenido ningún carácter delictivo, no le cabía la menor duda... ¿Pero debió haber hecho algo más? No, un beso bastaba. Bastaba y se bastaba: pleno en sí mismo, suspendido en el tiempo y el espacio, sin pasado ni futuro, y que no precisaba por tanto de ningún comentario.

¡Ella así lo comprendió, estaba seguro!

Llegó al séptimo piso y suspiró aliviado aunque se sentía tremendamente cansado. Se arrastró hasta una banqueta que había allí cerca, sacó los víveres y empezó a comérselos, empezando por el kumis. Menos mal que ahora lo vendían en Bogotá, el kumis. Lo que no entendía era que hubieran tenido que traerlo de la estepa rusa cuando sus tías paternas Amalia y Margarita lo hacían en Medellín cortando la leche con un poco de limón... ¡Pues eso parecía solo leche cuajada! ¡Pero cómo le gustaba, fuera lo que fuese! Mientras lo acababa recordó el libro de Joyce e intentó leer... Pero he aquí que su amigo Néstor, a quien tenía sumamente interiorizado, no parecía esa tarde muy dispuesto a dejarlo tranquilo, toda vez que había encontrado un buen asunto, una historia a la medida de sus especulaciones, en esa muchacha castradora de pelo largo a la que su antiguo compañero de universidad había besado la mano, y lo regañó: «...Nunca aprenderás, como hijo de padre castrado que eres, que las mujeres fálicas marcarán tu destino, tanto si lo quieres como si no. No puedes evitarlas, y contra eso no hay elección sartreana que valga, ni proyecto ni nada... ¡Estás en el futuro, pero también estás echado a perder, Ricardo Cano Gaviria!...». Pensó que sin duda esa hubiese sido una forma de rematar aquella conversación sobre el

proyecto sartreano y las *mediaciones* hegelianas que había quedado en suspenso por algún motivo, tras leer la reciente *Introducción a la crítica de la razón dialéctica*, traducida por Jorge Orlando Melo, una forma que le hubiera encantado a su interiorizado pesquisidor. Solo que ninguno de los dos había tenido en cuenta lo inoportuno de desarrollar cualquier proyecto, sartreano o no, en una ciudad tan fría, gris y lluviosa como Bogotá. En cualquier caso, era casi grato pensar que ahora estaba en el futuro, viendo caer la lluvia sobre la ciudad...

Él, que en cierta forma ya era un crítico literario, como ese tal Gabriel del relato de Joyce, que visita a sus tías el día de su baile...

En ese momento apareció tía Kate, que salía del comedor, retorciéndose las manos desesperada.

—¿Dónde está Gabriel? –exclamó–. ¿Dónde estará metido? Todo el mundo espera y no hay quien trinche el ganso.

—¡Aquí estoy yo, tía Kate! –gritó Gabriel, súbitamente animado–. Listo para trinchar una manada de gansos si es necesario.

...pero no podía concentrarse en la lectura. La lluvia no lo dejaba y además se sentía muy incómodo en aquella banqueta. Por eso decidió sentarse en el suelo, con la espalda recostada en la estantería y las piernas recogidas, los pies apoyados contra los cristales. Visto desde la calle debía ser como un borrón oscuro en el séptimo piso, y nadie iba a adivinar que aquella mancha entre las estanterías y las pilas de libros era una persona que estaba en el futuro y dormía y soñaba en el futuro, irradiando desde él como un astro fulgurante. ¡Ni siquiera el hombre empapado que allá, en la esquina de la Jiménez con Séptima, debía estar ya muerto de frío! Pensó salir a ayudarle, ese día tan especial, cuando caía la lluvia sobre Bogotá y la nieve sobre Dublín, y él tenía que conformarse no con un muslo de ganso sino con unos ponqués revejidos,

Un ganso gordo y dorado estaba en un extremo de la mesa, y en el otro extremo, en un lecho de papel plegado, rociado con trocitos de

perejil, se veía un gran jamón, al que se le había quitado la piel, cubierto con una costra de pan y con un prolijo adorno de papel alrededor del hueso; a su lado, había una fuente de carne con especias.

...y, con el libro abierto en la mano, una especie de amodorrado desapego hacia sí lo invadió. ¿Había tenido él alguna tía Kate? Sí, de hecho tenía varias tías maternas, muy maternales todas, pero sus preferidas eran las tres más jóvenes, Luz, Dolly y Blanca, la mamá de su primo Juanjo. Tan jóvenes, tan instintivas, tan alegres, llenaron en su vida el vacío materno, solo que ellas no tenían un baile anual de navidad, ellas bailaban cuando querían, que era un día sí y otro también. ¡Y no era ganso lo que trinchaban en sus fiestas familiares, sino marrano, pavo o pollo!... ¡Porque las fiestas en su país eran tan diferentes! Ni siquiera su amiga María Mercedes, que era una mujer del futuro y había vivido en Madrid con su padre, embajador colombiano ante el dictador Franco, debía conocer fiestas familiares como las de las Morkan. No por estatus social sino simplemente por diferencia de costumbres. Y con una repentina convicción se dijo que de todos modos su amiga estaba en el futuro, así no fuera más que por su capacidad de romper el molde femenino. Por ejemplo, formando parte de la hermandad de los ladrones de libros, y no como una ladrona vulgar, sino como una fina, casi elegante expropiadora de libros, en cualquier caso la única mujer que hasta entonces él estaba en capacidad de asegurar que lo hacía...

Una joven valiente, que no quiso que otro robara por ella, y para ella –sabe Dios, o el demonio, lo fácil que le hubiera resultado valerse de sus encantos femeninos–, sino que pactó simplemente el torear juntos, mano a mano, y esa tarde bajó al ruedo...

Algo debía tener de torera, ella que había nacido en los llanos y pasado su infancia en España, patria de los toros, y eso que seguramente ni siquiera había leído aquel texto de Leiris, que él aún buscaba con ahínco, sobre el cuerno del toro en la literatura, que sin duda era la clave del problema. Y no para discutir sobre si el susodicho objeto debía ser considerado como un símbolo fálico, eso ya no valía la pena; había llegado la hora de mandar al

diablo tales quisquillosidades freudo-satro-marxistas, pues lo que contaba para él en ese momento era la literatura misma, y el peligro que ella implicaba, y el irrefrenable deseo de torear, esto es: de ir en busca del riesgo, ciego para las gradas y los aplausos del público...

¿Pero a quién hubiera podido hablarle ahora de esas cosas mejor que a ella, que esa tarde toreó brevemente, y de forma impecable, a pesar de su error?

Un error, por cierto, menos de ella que de él, quien debió haberlo prevenido:

—Aquí tienes tu tercer tomo de *El Capital*... –le dijo él a la salida.

—Aquí tienes tus *Confesiones* –le dijo ella.

—¿Cómo?

Él se había quedado perplejo, al ver un libro tan pequeño, de la colección Aguilar.

—¿Las *Confesiones* de San Agustín? Pero..., pero... ¡Yo quería las de Rousseau!

Ella pareció consternada. Pero, emocionados y asustados a la vez, apenas se rieron...

¡Vaya confusión, Juan Jacobo Rousseau por San Agustín!...

Fue entonces cuando escuchó la risa de Nicolás, una risa flotante y escurridiza, invisible y ubicua, en la que –por decirlo en un lenguaje familiar– la esencia presidía a la existencia, y por eso tan distinta de la de Néstor, que era simplemente un acceso de hipo cargado de esencias hegelianas, ¡una risa estructurada en las costillas y sangrante de *mediaciones*! Era por eso que, al carecer él mismo del humor necesario para celebrar un episodio digno de una carcajada, Nicolás se reía dentro de él, con tanta fuerza que su risa le produjo por un momento la impresión de que su compañero de trabajo estaba allí a su lado. Pero no, Nicolás no había llegado, ni había subido en el ascensor a buscarlo, como casi creyó en su brusco volver en sí –pasando por alto que en tal caso lo habría descubierto por el mismo ruido del ascensor–, pues había sido la esencia de su risa la que lo había alcanzado en su rincón del séptimo piso...

Todavía miró una vez más a lado y lado... ¡Nadie!

¡Y era ya prácticamente la hora de apertura!

En unos momentos iban a empezar a llegar los empleados, empapados, Nicolás en primer lugar, luego don Anselmo el ascensorista, luego Aurita, después la señora Margarita, envuelta en su chubasquero transparente, más tarde la inglesa del mezanine, y los paraguas invadirían el primer piso.

Y la sacrificada y puntual Aurita tendría que sacar de nuevo aquellos cartones horribles que guardaba en el sótano de doña Margarita.

Luego llegaría el viejo Buchholz y quizá Alberto.

La tarde pasaría rápido y, una vez más, él tendría que irse solo a su gallinero de Teusaquillo, o bien –al fin– se dejaría llevar por Nicolás a El Cisne, donde se tomaría un Cuba Libre que se le subiría a la cabeza (¡cualquier cosa parecía que se le subía a la cabeza, desde que Óscar Collazos lo había asistido en la única curda de su vida!) O más bien se iría a su casa, ese día tan raro, que parecía el presagio de algo horrible, un nuevo Bogotazo, ¿pero cómo, muerto Camilo Torres, y sin ningún líder que estuviera a la altura de Gaitán?

Quiso levantarse pero no pudo.

Y, al mirar el pequeño libro abierto en sus manos, leyó un poco más, casi al azar:

> *Gabriel se sentó decididamente a la cabecera de la mesa y luego de examinar el filo del cuchillo, clavó el tenedor fuertemente en el ganso. Ahora se sentía tranquilo porque era trinchador experto y nada le gustaba tanto como encontrarse a la cabecera de una mesa bien puesta.*
>
> *—Miss Furlong, ¿qué presa quiere? –preguntó–. ¿Un ala o una rebanada de pechuga?*
>
> *—Una rebanadita de pechuga.*
>
> *—Miss Higgins, ¿y para usted?*
>
> *—Cualquier cosa, Mr. Conroy.*

...se interrumpió agobiado por la sensación de que algo había fallado en sus cálculos. El estómago le dolía.

Eructó. ¿Le habían sentado mal las empanadas?...

¡Cómo le hubiera gustado un trozo de ganso!

Sí, algo había fallado en sus cálculos, que era tanto como decir que no había hecho ningún cálculo... ¡Ya que ni siquiera había sospechado que en el país del futuro uno pudiera envejecer más rápidamente que en el presente! Y que, como si una secreta ley de la relatividad presidiese allí las medidas del espacio y el tiempo, cincuenta minutos podían fácilmente convertirse en cincuenta años, a razón de un año por minuto. Por eso ahora parecía que tuviera setenta años, por más que él se siguiese viendo como un muchacho, un joven saturado de *mediaciones* hegelianas que tenía una explicación para todo, aunque en realidad no sabía dónde estaba parado. Pues, ¿podía él decir dónde se hallaba realmente? ¿Contemplando Bogotá desde la ventana de la librería más alta de la ciudad, en la que tenía el privilegio de trabajar, y no en la esquina de la Jiménez con Séptima, cincuenta años después, intentando volver al pasado? Era un fenómeno extraño, que desbordaba todos los límites... ¡Como si se hubiese hecho realidad la ficción, tan querida para él –y en realidad tan extraña en un joven de su edad–, de imaginar el mundo tal como pudiera ser un siglo más tarde, o, para no exagerar, medio siglo tan solo! Aunque, en realidad, nada de eso sabía el joven de veintiún años que, echado tras esa cristalera, e invisible a todas las miradas, soñaba con *La edad del hombre* y dormía, dormía profundamente, mientras todo, el mundo entero, se convertía para él en un enorme *déjà vu*.

Lo cual resultaba en cierta forma paradójico ya que estaba muy lejos de sospechar, por ejemplo, que dos o tres días después el Sr. Buchholz le daría un piso para que no se tuviera que quedar encerrado en la librería... Que la tarde siguiente Nicolás y el arquitecto Martínez no se irían a mamar gallo a El Cisne sino que, en la volqueta del segundo, le harían gratis el trasteo de Teusaquillo al barrio de La Candelaria, calle 11 Nº 2-7, descubriendo con asombro que ya se había formado una biblioteca; que pronto escribiría no solo en *El Siglo* y *Letras Nacionales* sino también en *El Espectador*, en *Eco*, y *El Liberal*, apadrinado por Guillermo Cano, Germán Vargas, María Mercedes Carranza, Nicolás Suescún y Manuel Zapata Olivella, algunos de

los cuales llegaron a pasar ellos mismos a máquina sus artículos manuscritos, que un mes más tarde aparecería *Cien años de soledad* y conocería a García Márquez, que descubriría a Roland Barthes y que soñaría con Marcel Proust y París, que una joven colombiana llegaría a la librería, fugada de un sanatorio, a vender libros de arte y que con ella planearía un viaje a la capital del mundo, que otra menos joven e ingenua y de mirada torcida echaría por tierra sus planes obligándolo a dormir otra vez en la calle, pero ahora en la misma ciudad luz... No, aún no sabía nada de eso, sólo se sentía muy cansado. Y luego tantas cosas que vendrían años después, o décadas después, relacionadas con su experiencia de Bogotá. Por mencionar solo las más terribles, aquel Reicher Dolmatoff, el antropólogo colombiano, visitante de la Buchholz, que había resultado un exnazi... y el propio viejo Buchholz, agente alemán en su juventud... porque una vez, sí, una vez el viejo Buchholz había sido joven, si es que ser joven significa llevar una vida doble, de película, plena de aventuras infames, como la de ser agente de von Ribentrop y Goering, en cuyo avión cargado de obras de arte aterrizó el joven Buchholz en Madrid en 1945, según los papeles de la CIA. ¿Pero hablaban de verdad estos papeles del mismo viejo Buchholz que él había conocido, y que había sido tan amable?

Pensando en la hermosa letra con la que el viejo firmaba sus cheques en la librería para cubrir los gastos de la revista *Eco –Revista de Cultura de Occidente–*, uno de los cuales (¡lo vio con sus propios ojos!) fue a parar a manos del propio Gabo, se dijo con un nudo en la garganta: «Lo echaste todo a perder, joven Buchholz, le arruinaste la vida al viejo amable y risueño que luego serías para los bogotanos... ¿pero en qué estabas pensando, pendejo? ¿Creías que por tener solo cuarenta años podías huir de los comunistas cuando todo el mundo huía de los nazis?... ¿Que te quedaría el resto de la vida para redimirte, gracias a la cultura alemana? ¿O, peor aún, que si ganaban los nazis nadie iba a pedirte cuentas?».

«¡Maldita sea, maldita sea!»

El reloj de San Francisco dio la hora...

Entonces, como si quisiera huir de sus pensamientos, se concentró en él, el reloj. ¿Era tan viejo como la torre? Lo fuese o no, había sido testigo de todo, el ojo de San Francisco, su santo preferido...

Sí, él lo había visto todo... Había visto cómo, al comienzo, por allí, por la Séptima, pasaba un río muchos años atrás... Y había visto el puente que se erigía sobre ese río, el puente de San Francisco... Cerca, casi al lado, estaba la Plaza de las Yerbas, hoy Parque Santander. Y por ese cruce pasaban los carruajes tirados por caballos. Pasó una vez cetrino y hierático Simón Bolívar camino de Palacio, pasó el general Santander camino de la conspiración septembrina, pasaron siete guerras civiles tiradas por mulas, pasó la Constitución de 1886, con olor a pólvora y sangre pero muy bien redactada. Y se tendieron los primeros rieles para los primeros tranvías que cruzaron sobre ellos, tirados por caballos... y pasaron los bambucos de las Tanco, bailados por las muchachas hermosas, y pasó Elvira Silva camino del cementerio, vigilada por su hermano. Luego se construyó el Hotel Granada, de estilo francés, y vino el tiempo de los asesinos... Primero los de Uribe Uribe, emparejados, luego el magnicida del 9 de abril, a la una en punto de la tarde... Y salió Gaitán de su edificio a la hora del almuerzo, camino de la muerte, pasó Fidel Castro horas después, en busca ya de una revolución, pasó Gabo camino de su pensión y del Nobel, y luego, en medio del estruendo, pasó don Luis Cano camino del palacio, a pasitos de anciano regañón, a cantarle las cuarenta a Ospina Pérez. Se derribó el Hotel Granada y se construyó el horrible Banco de la República, cayó Rojas Pinilla y pasó el hombre de la llama sin dinero, camino de una bala, pasó Camilo Torres con barba camino de la portada de los periódicos, y llegaron otra vez los asesinos y los leguleyos... Los trajeron las nubes malhumoradas en forma de narcos y presidentes cancerígenos, pasaron los guerrilleros del M-19 rumbo al Palacio de Justicia, pasó Belisario Betancur incierto, camino del incendio, pasó el asesino enmascarado de Guillermo Cano, pasaron las nubes cargadas de otros muertos humildes y otros presagios, y aún siguen pasando... ¡Una vía cargada de muertos y de historia!

¡Y ahora parecía tan inocente y pulcra, con solo una placa conmemorativa a sus espaldas, sobre la muerte de Gaitán!

Pero en ese momento él ya no estaba en su vidriera del séptimo piso sino en el cruce de las dos arterias más antiguas y célebres de la capital viendo circular a los demás. Pues aún tenía que pasar más gente. Gente y más gente. Incluso desfiles de gente que corría, toda vez que no se iban a interrumpir porque ese día lloviera y lloviera sobre Bogotá. Ahí estaban como prueba los que parecían miembros de una competición. Lejos de tener aspecto de deportistas, lo tenían de convalecientes disciplinados que, en ausencia de sus enfermeros, se entregaban aplicadamente a sus ejercicios de recuperación. Uno cojeaba levemente, otro llevaba un vendaje en la rodilla, un tercero se ayudaba de una muleta trazando, en el movimiento de las piernas, una excéntrica trayectoria que lo hacía bambolearse de un lado a otro como un muñeco.

Pasó una señora a la que preguntó y que muy ufana le dijo que eran los escritores. ¡Sí, los escritores que corrían, en una carrera de escritores celebrada en plena Séptima, en honor de Colombia! ¿Pero por qué tan maltrechos, como si acabasen de llegar de una guerra?

—¡Pero qué hace ahí parado, corra, vaya, corra, que usted también es escritor...! –dijo la mujer, al fijarse en su rostro, como si lo hubiese reconocido.

—¿Correr yo? ¡Qué ocurrencia!

«Sí, qué ocurrencia», pensó, ¡una carrera en medio de la lluvia! Pero a pesar de su edad (¡entre los sesenta y los noventa sin duda!) los atletas iban tan contentos, tan compenetrados con su tarea. Reconoció a Álvaro Mutis, campeón de escritores, pasó Fernando Vallejo disfrazado de cadáver, y era uno de los que más corrían. Pasó Juan Manuel Roca, con un laurel en el sombrero, y Juan Gustavo Cobo-Borda, en un burrito bíblico adornado con flores. Después pasaron, en un grupo compacto y sin reparar en él, varios compañeros (o casi compañeros) de generación: Óscar Collazos, Darío Ruiz Gómez, Elkin Restrepo, Luis Fayad, Umberto Valverde, Policarpo Varón, Eligio García Márquez y Roberto Burgos.

Formando dos hileras de paraguas a lado y lado de la vía la gente los miraba pasar, y a veces también los vitoreaba, pero sin mucho entusiasmo.

Luego, de forma inexplicable, como si hubiesen salido más tarde, a los escritores viejos los siguió un grupo de hombres más jóvenes y sin tantos achaques, que tenían casi todos el número 39 anotado en el dorsal.

—¡Vaya, los menores de treinta y nueve años!

Iba a gritar con una mezcla de sarcasmo y orgullo: «¡Murió a los 41, Kafka, y correría con nosotros!», cuando pasó el carro negro de María Mercedes Carranza.

Escuchó cómo ella, al verlo allí parado, le gritó asomando la cabeza por la ventanilla...

—Ricardo, ¿pero qué hace ahí pasmado mirando?... ¡No sea zoquete y corra, por favor, no se quede rezagado! Nos vemos al final.

Luego, un poco más adelante, vio a Nicolás parado en otra esquina empapado y le preguntó:

—¿Y tú no corres Nicolás?

—Yo ya corrí bastante, Ricardo... –dijo el interpelado, con una sonrisa triste–. Pero tengo un encargo para ti... ¡Rosita y tus amigos te esperan allá, al otro lado!

Cinco

Alguien le zarandeó el hombro. Abrió los ojos. A unos diez metros frente a él se erguía la iglesia de San Francisco. La miró con sorpresa, como si la viera por primera vez. ¡Y saber que llevaba ahí esperando casi quinientos años!

—Yo creo que a este señor no le pasa nada... –oyó la voz aguardentosa de un hombre junto a él, que añadió con un hilarante retintín–: Aunque un poco avioneto sí está. ¡Déjenlo aterrizar!

—No diga bobadas... Este señor es un escritor.

Reconoció la voz de la aniñada muchacha que lo había abordado horas antes, y eso lo animó a mirar con más confianza aunque con evidente curiosidad a los que se arremolinaban a su alrededor.

—Oiga, se han equivocado –dijo un hombre con melena y pendientes asomando una alarmante cabeza por sobre el hombro de los demás–. No fue

aquí, fue unos metros más atrás donde cayó tendido Gaitán. Si quieren les ayudo, ¡soy actor!

—No, no es un homenaje a Gaitán... –dijo Alberto.

Apostado junto a la pancarta de Bogotá Contada, intentaba disuadir a los curiosos que se paraban a mirar o a preguntar.

—No se preocupe, ya vienen a recogernos –escuchó que de nuevo le decía la muchacha de los tejamos para tranquilizarlo–. Yo llamé a Alberto Peralta, que es amigo mío, y él ha llamado a todos los demás. Me dijo que lo estaban esperando a usted para una presentación de su último libro... ¿Es que se le olvidó? Pero mire, ahí vienen...

Caminando por la acera del lado de la plaza de Bolívar se acercaban, formando un grupo compacto, Rosa Lentini, Lucía Donadío, Santiago Mutis, Álvaro Castillo, Juan Felipe Robledo, Orlando Mejía Rivera, Pablo Montoya y Alejandra Toro, seguidos, un poco más atrás, por Margarita la fotógrafa y Pedro el cámara...

—¡Pero cómo así! –se oyó a Lucía decir desde lejos con su voz cantarina–. ¿¡Nos dejaste plantados el día de la presentación de tu libro!?...

—¿Y quién es el desgraciado que te mojó de esa manera?... –dijo Álvaro ofendido–. ¡Aj, qué cosa tan tenaz!

—Es cierto –oyó él que decía Rosa, su mujer, cuando se inclinó para besarlo, sorprendida de que pareciera tan contento y tranquilo ahí sentado en el suelo–. ¿Por qué estás tan empapado? ¡Pero si apenas ha llovido! Tienes que cambiarte de ropa...

Pero él no acertaba a decir nada, pues tan pronto abría la boca para responder a una pregunta ya le estaban haciendo otra. Al cabo, sólo logró farfullar: «¡En qué lío me has metido, Álvaro!», pero el aludido no lo escuchó, ya que se había puesto a hablar con Alberto, el cual intentaba decirle algo a Rosa, que a su vez intentaba ahora escuchar a la muchacha de los tejanos, contenta de encontrar al fin quien le prestara atención.

—...eran tan grandes que parecían caramelos... –la oyó decir, mientras ella misma parecía hacerse cada vez más pequeña–. Me parecieron tan raras que leí su composición.

—¿Y?

—Les anuncio que ya está llegando Martín –oyó gritar a Alberto por encima del ruido del tráfico, levantando la cabeza para mirar hacia la Jiménez.

—Tenemos que volver al Hotel –escuchó el susurro de Rosa, que se había inclinado sobre él–. Necesito que me expliques por qué estás tomando placebos...

—¡Perdón por llegar tarde! –irrumpió casi la voz de un hombre pequeño, de frente grande y rostro jovial, que acababa de llegar muy agitado, sin que nadie lo anunciara, y al que la chica de los tejanos llamó muy familiarmente don Alejandro–. ¡Menos mal que ya estás bien, Ricardo! Ah, qué susto nos has dado. Pero, carajo, ¡qué retrasado voy!... –añadió, consultando su móvil, que no paraba de sonar.

—No son placebos, son unas pastillas maravillosas... –aprovechó él para protestar, sin dirigirse a nadie en concreto, y observó que Alberto comenzaba a arriar su estandarte, justo cuando se oía el clic de la cámara de Catalina, que aprovechó para tomar una foto.

—¿Cómo? ¡Sentado en la calle! –protestó él–. Deja al menos que me levante.

—No, no, quédate así. Será una foto muy original –se empeñó Catalina, mientras Juan Felipe Robledo y Pablo Montoya celebraban la ocurrencia entre risas.

—¡Por favor! –gritó Alberto, señalando un carro marrón en cuyo asiento trasero se habían acomodado ya Lucía y Rosa, mientras Martín, el chófer, intentaba asomar por la ventanilla su cara y enviaba angustiados gestos a los que faltaban.

—Alicia, Alicia, dile que se dé prisa –gritó luego Alberto a su joven amiga con voz agobiada, intentando acomodarse en el asiento delantero con su estandarte.

Sólo entonces él se levantó, aceptando la mano que la muchacha le tendía para apuntalarlo. Al reparar en su menguada estatura y su gesto mohíno se volvió hacia ella y la abrazó.

—¡Alicia, hoy me has salvado la vida dos veces! –le dijo, besándola en la mejilla.

—Uf, y lo que falta aún... –alcanzó a murmurar ella, sofocada entre sus brazos.

—Me perdonan que los deje... Es que llego tarde –se oyó decir a Alejandro en voz alta, haciéndose oír por todos; luego, con sorprendente agilidad, corrió hacia otro auto que pasaba en ese momento (en su interior se alcanzó a ver a dos que saludaban con la mano: Ricardo Ruiz y Antonio García), y saltó sobre él diciendo todo el tiempo–: ¡Llego tarde!... ¡Llego tarde!...

—Hasta luego, don Alejandro –se dio prisa en despedirse la joven, y era cada vez más pequeña.

—Corre conejo, corre... –apostilló entonces él y, a modo de despedida, se volvió hacia la muchacha para susurrarle al oído, en una suave amonestación–: Y tú, Alicia, vuelve a casa... ¡Vuelve ya a tu jardín!

* * *

El Mensaje

María Mercedes,
«Salvo mi corazón, todo está bien»,
escribió tu padre
cuando eras una niña.

Que no era cierto,
y que todo estaba muy mal,
pronto descubriste,
en un país sin corazón.

Así viviste lustros y décadas,
pero no muchos.
Una mañana te encontraron muerta
y pensaron que había sido
del corazón. Pero había sido
de inteligencia, pues
tu corazón estaba bien...

Tan bien que había decidido partir lejos
para sobrevivirnos, solos,
cadáveres al alba, nosotros,
sin tu corazón.